



Arnold Bennett

La Máquina
Humana

E LEJANDRIA

A painting of a man in a brown suit reading a book, with golden decorative elements above his head.

Arnold Bennett

La Máquina
Humana

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA MÁQUINA HUMANA

ARNOLD BENNET

**PUBLICADO: 1907
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I - DARSE POR SENTADO

Hay hombres capaces de amar una máquina con más profundidad de la que pueden amar a una mujer. Se cuentan entre los hombres más felices de la tierra. Esto no es una pulla mezquina lanzada a cubierto contra las mujeres. Es simplemente la constatación de un hecho notorio. Los hombres que se atormentan hasta la distracción por perfeccionar una máquina son, sin duda, más bienaventurados que el resto de su especie. La mayoría de nosotros hemos conocido a hombres así. Ayer construían automóviles. Pero hoy los aeroplanos están en el aire —o, en todo caso, deberían estarlo, según los inventores—. Observen a los inventores. La invención no suele ser su principal ocupación. Deben inventar en su tiempo libre. Deben inventar antes del desayuno, inventar en el Strand entre el Lyons's y la oficina, inventar después de la cena, inventar los domingos. ¡Vean con qué ardor se apresuran a casa por la noche! ¡Vean cómo aprovechan un día de fiesta, como perros hambrientos un hueso! No quieren golf, bridge, adivinanzas, novelas, revistas ilustradas, clubes, whisky, cotizaciones de salida, consejos sobre corbatas, mítines políticos, chismes, canciones cómicas, sales antúricas, ni las sonrisas situadas entre un alegre corpiño y un sombrero de fantasía. Nunca se preguntan, perplejos, qué harán a continuación. Sus tardes nunca se hacen largas, siempre son demasiado cortas. Podrán, en efecto, sorprenderlos a las doce de la noche tumbados boca arriba; ¡pero no en la cama! No, en un cobertizo, bajo una máquina, sosteniendo una vela (cuya cera goteaba abundantemente) para alumbrar la biela forzada o la rueda descentrada. Están continuamente interesados, es más, cautivados. Tienen una máquina y la están perfeccionando. Arreglan una pieza y entonces otra se estropea; la arreglan y entonces otra se estropea, y así sucesivamente. Cuan-

do están completamente seguros de haber alcanzado la perfección, la máquina sale del cobertizo y en cinco minutos queda destrozada, junto con algún que otro miembro de los inventores, solo porque estuvieron completamente seguros demasiado pronto. Entonces todo el asunto vuelve a empezar. No se rinden —aquel desastre en particular se debió, por supuesto, a un mero descuido—; todo el asunto vuelve a empezar. Porque han vislumbrado la perfección; tienen el destello de la perfección en sus almas. Así se les escurren sus vidas. «¡Nunca volarán!», comenta usted, cínicamente. Bueno, ¿y si no lo hacen? Además, ¿qué hay de los Wright? Con todo su cinismo, ¿nunca ha envidiado usted su máquina y su apasionado interés por ella?

Conoce usted, quizás, el momento en que, cepillándose frente al espejo, detectó su primera cana. Dejó de cepillarse; luego reanudó el cepillado, apresuradamente; fingió no estar conmovido, pero lo estaba. Quizás conozca un momento más inquietante que ese, el momento en que de repente se le ocurrió que había «llegado» tan lejos como jamás llegaría; y que había realizado tanto de su sueño de juventud como jamás realizaría, y la realización era completamente distinta al sueño; el matrimonio era excesivamente prosaico y eterno, en absoluto lo que esperaba que fuera; y sus ilusiones se habían disipado; y los juegos y las aficiones tenían un desagradable núcleo de tedio y futilidad; y la mezcla de tabaco ideal no existía; y una obra maestra literaria se parecía a otra; y todos los días venideros se parecerán más o menos al día presente, hasta que muera; y en un destello iluminador comprendió a qué se referían todas esas personas cuando escribían cartas tan desmesuradamente largas al Telegraph sobre si la vida valía la pena o no; y no había nada que hacer sino enfrentar el futuro gris y monótono, y fingir estar alegre con el gusano del tedio royéndole el corazón. En una palabra, el momento en que se le ocurrió que el suyo es «el sino común». En ese momento, ¿no ha deseado —no desea continuamente— una máquina inagotable, una máquina de la que nunca pudiera llegar al final? ¿No daría usted la cabeza por estar tumbado boca arriba, escudriñando con una vela, sucio, frustrado, cogiendo un resfriado, pero absorto en la persecución de un objetivo? ¿No ha lamentado sombríamente no haber nacido con talento para la mecánica, porque realmente hay algo en una máquina...?

¡Nunca se le ha ocurrido que usted posee una máquina! ¡Oh, ciego! ¡Oh, necio! ¡Nunca se le ha ocurrido que tiene a mano una máquina maravillosa más allá de todos los mecanismos en cobertizos, intrincada, delicadamente ajustable, de posibilidades asombrosas y milagrosas, interminablemente interesante! Esa máquina es usted mismo. «¡Este tipo está predicando! ¡No lo toleraré!», exclama usted con resentimiento. Estimado señor, no estoy predicando, e incluso si lo estuviera, creo que lo toleraría. Creo que de todos modos puedo retenerle por el botón un rato, aunque tire con fuerza. No estoy predicando. Simplemente estoy empeñado en llamar su atención sobre un hecho que quizás se le ha escapado total o parcialmente, a saber, que usted es la pieza de maquinaria más fascinante que jamás haya existido. No se hace usted justicia. Se dice que los hombres solo se interesan por sí mismos. La verdad es que, por regla general, los hombres se interesan por cualquier cosa mortal excepto por sí mismos. Tienen la costumbre de darse por sentados, y esa costumbre es responsable de nueve décimas partes del aburrimiento y la desesperación en la faz del planeta.

Un hombre se despertará en mitad de la noche (generalmente debido a alguna forma de delicioso exceso), y su cerebro estará muy activo durante un rato antes de que pueda volver a dormirse. En esa hora sincera, después de la exaltación de la noche y antes de la esperanza del alba, verá todo en sus verdaderos colores, excepto a sí mismo. No hay nada como un lecho de insomnio para una visión clara del propio entorno. Verá todos los defectos de su esposa y la desesperanza de intentar curarlos. Verá momentáneamente, aunque con menor nitidez de contorno, sus propios defectos. Probablemente decidirá que las ansiedades de los hijos superan las alegrías relacionadas con ellos. Admitirá todas las deficiencias de la existencia, las enfrentará como un hombre, con gravedad, con acritud, en una robusta desesperación. Murmurará: «¡Claro que estoy enfadado! ¿Quién no lo estaría? ¡Claro que estoy decepcionado! ¿Esperaba esto hace veinte años? Sí, deberíamos ahorrar más. ¡Pero no lo hacemos, así que ahí lo tienes! ¡Estoy obligado a preocuparme! Sé que estaría mejor si no fumara tanto. Sé que no tiene absolutamente ningún sentido tomar licores. Absurdo irritarme con ella cuando está en uno de sus humores. No hago suficiente ejercicio. No consigo ser regular, de alguna manera. No sirve de nada esperar que las cosas sean diferentes, porque sé que no lo serán. ¡Qué mundo más extraño! Nunca eres realmente lo que se dice feliz, ¿sabes? Ahora, si las cosas fueran diferentes...». Pierde el conocimiento.

Observe: se ha dado por sentado, apenas echando un vistazo a sus defectos y apartando la mirada de nuevo. Es su entorno lo que ha ocupado su atención, y su entorno —las «cosas»— lo que desearía que fuera «diferente», si no supiera, por la plenitud de la experiencia, que es inútil desear tal cambio. Lo que quiere es una pipa que no se meta sola en su boca, un vaso que no salte por su propia voluntad a sus labios, dinero que no se escape intacto de su bolsillo, piernas que sin preguntar le lleven ciertas millas cada día al aire libre, hábitos que se practiquen solos, una esposa que se expanda y contraiga según sus humores, como una estantería Wernicke, siempre completa pero nunca terminada. Hombre sabio, percibe de inmediato que no puede tener estas cosas. Y así se resigna al universo, y se acomoda en un descontento permanente y contenido. Nadie dirá que no es razonable.

Verá, no ha prestado atención a la máquina. No la llamemos una máquina voladora. Llamémosla simplemente un automóvil. Ahí está en la carretera, dando tumbos, chirriando, traqueteando, perfumando. Y ahí está él, diciendo: «Esta carretera debería ser tan suave como el terciopelo. Esa colina de enfrente es ridícula, y la bajada al otro lado positivamente peligrosa. Y todo son curvas, no puedo ver a cien metros por delante». Tiene la loca idea de intentar forzar al Consejo del Condado a lijar la carretera, o de emplear al nuevo Ejército Territorial para quitar la colina. Pero descarta esa idea —es tan razonable—. Lo acepta todo. Se sienta vestido de razonabilidad en la máquina y lo acepta todo. «¡Imbécil!», exclama usted. «¿Por qué no se baja e infla ese neumático, para empezar? Cualquiera puede ver que el sistema de encendido está mal, y es perfectamente seguro que la caja de cambios necesita aceite. ¿Por qué no...?». Le diré por qué no lo hace. Simplemente porque no es consciente de que está en una máquina en absoluto. Nunca ha examinado en qué está montado. Y en el fondo de su conciencia hay una vaga idea de que está encaramado a un trozo de roca sólida e inmutable que se desplaza sobre ruedas.

II - AFICIONADOS EN EL ARTE DE VIVIR

Considerando que hemos de pasar la totalidad de nuestras vidas en esta máquina humana, considerando que es nuestro único medio de contacto y compromiso con el resto del mundo, realmente le dedicamos muy poca atención. Cuando digo «nosotros», me refiero a nuestros espíritus más íntimos, la parte instintiva, el misterio interior que existe. Y cuando digo «la máquina humana», me refiero al cerebro y al cuerpo, y principalmente al cerebro. La expresión del alma por medio del cerebro y el cuerpo es lo que llamamos el arte de «vivir». Ciertamente, no aprendemos este arte en la escuela en una medida apreciable. En la escuela se nos enseña que es necesario agitar los brazos y las piernas de un lado a otro durante tantas horas al día. También se nos muestra, en la práctica, que nuestros cerebros son capaces de realizar ciertos trucos útiles, y que si no obligamos a nuestros cerebros a realizar esos trucos, sufriremos. Así, un día corremos a casa y proclamamos a nuestros encantados padres que once por doce son 132. ¡Una hazaña del cerebro! Y así continúa hasta que nuestros padres empiezan a admirarnos porque podemos charlar sobre cosenos o esbozar la política exterior de Luis XIV. ¡Bien! ¡Pero ni una palabra todavía sobre los principios del arte de vivir! Solo unas pocas reglas sueltas de nuestros padres, que deben seguirse a ciegas cuando sobrevienen crisis particulares. Y, en efecto, sería absurdo hablarle a un escolar sobre la expresión de su alma. Probablemente mascullaría un monosílabo poco edificante.

Por supuesto, la escuela es meramente una preparación para la vida; a menos que uno vaya a la universidad, en cuyo caso es una preparación para la universidad. Se supone que uno debe dirigir su atención a la vida cuando estos preliminares han terminado, digamos a la edad de unos veinte años. Ciertamente, uno vive entonces; no hay, sin embargo, nada nuevo en ello, pues uno ha estado viviendo todo el tiempo, a su manera; todo el tiempo uno ha estado usando la máquina sin entenderla. Pero, ¿acaso uno, una vez terminada la escuela y la universidad, se embarca en un estudio de la máquina? Ni por asomo. La cuestión entonces no es cómo vivir, sino cómo obtener y mantener una posición en la que uno pueda vivir; cómo conseguir diminutas porciones de animales y plantas muertos que uno pueda engullir para no morir de hambre; cómo adquirir y renovar constantemente un surtido de otras porciones de animales y plantas muertos con las que uno pueda envolverse para no morir de frío; cómo procurarse el derecho exclusivo de entrada a ciertas cabañas donde uno pueda dormir y comer sin que le llueva encima desde las nubes del cielo. Y así sucesivamente. Y cuando uno ha realizado esta ambición, llega el deseo de poder duplicar la operación y hacerlo, no solo para uno mismo, sino para uno mismo y otro. ¡El matrimonio! Pero todavía no se presta ninguna atención científica y sostenida al verdadero asunto de vivir, de la interacción fluida, de la autoexpresión, de la adaptación consciente al entorno; en resumen, al estudio de la máquina. A los treinta años, lo más probable es que un hombre entienda mejor el tiro de una chimenea que su propio aparato respiratorio —por nombrar una de las cosas simples y obvias—, y en cuanto a entender el funcionamiento de su propio cerebro, ¡qué idea! En cuanto a la habilidad para evitar el derroche de energía que implica la fricción en el asunto de vivir, ¿le dedicamos una hora al mes? ¿Acaso lo examinamos alguna vez, salvo de una manera aficionada y torpe? Una joven dama presenta una acuarela. «¡Muy bonita!», decimos, y añadimos para nuestros adentros: «Para ser una aficionada». Pero nuestro vivir es más de aficionado que el dibujo de esa joven dama; ¡aunque seguramente todos deberíamos ser profesionales en el vivir!

Cuando llevamos unos cincuenta y cinco años ocupados en los preliminares de la vida, empezamos a pensar en bajar el ritmo. Hasta este período, nuestra razón para no haber estudiado científicamente el arte de vivir —el perfeccionamiento y uso de las partes más finas de la máquina— no es que nos haya faltado tiempo libre (la mayoría de nosotros tenemos enormes cantidades de tiempo libre), sino que simplemente hemos estado demasiado ab-

sortos en los preliminares, hemos, de hecho, tratado los preliminares del asunto como el asunto mismo. Entonces, a los cincuenta y cinco años, deberíamos por fin empezar a vivir nuestras vidas con habilidad profesional, como un pintor profesional pinta cuadros. Sí, pero no podemos. Ya es demasiado tarde. Ni pintores, ni acróbatas, ni ningún profesional pueden formarse a la edad de cincuenta y cinco años. Así terminamos nuestras vidas como aficionados, como las hemos empezado. Y cuando la máquina chirría y nos rechina los dientes, o se niega a obedecer el volante y nos deposita en la cuneta, decimos: «¡Qué se le va a hacer!» o «¡No importa! ¡Dentro de cien años todo será igual!» o: «Tengo que tomarme las cosas como vienen». Y tratamos de creer que al aceptar el statu quo hemos justificado el statu quo, y todo el tiempo sentimos nuestra falta de sinceridad.

Usted exclama que exagero. Lo hago. Para poner de relieve un aspecto de las cosas que suele pasarse por alto, es absolutamente necesario exagerar. La licencia poética es un nombre para este tipo de exageración. Pero exagero muy poco, mucho menos de lo que quizás usted piensa. Sé que me va a señalar que un gran número de personas dedican regularmente una porción considerable de su tiempo libre a esforzarse por mejorar. ¡De acuerdo! Y me alegro de ello. Pero me alegraría más si sus esfuerzos estuvieran más estrechamente relacionados con el asunto diario de vivir, de la autoexpresión sin fricción y sin deseos fútiles. ¡Vea a este hombre que estudia regularmente todas las tardes de su vida! Ha comprendido genuinamente la naturaleza de la poesía, y su gusto es admirable. Recita versos con verdadero sentimiento, y se puede decir que es muy culto. La poesía es para él una fuente continua de placer. ¡Cierto! Pero, ¿por qué se queja siempre de no recibir el reconocimiento que merece en la oficina? ¿Por qué le preocupan las finanzas? ¿Por qué se enfurruña tan a menudo con su esposa? ¿Por qué persiste en comer más de lo que su digestión puede tolerar? No estaba escrito en el libro del destino que él debiera quejarse, preocuparse, enfurruñarse y sufrir. Y si fuera un profesional en el vivir, no haría estas cosas. No hay ninguna razón por la que deba hacerlas, excepto la razón de que nunca ha aprendido su oficio, nunca ha estudiado la máquina humana como un todo, nunca ha pensado realmente de forma racional sobre el vivir. Suponga que se encuentra con un automovilista que va dando bandazos y rechinando por toda la carretera, y usted se detiene a preguntar qué pasa, y él responde: «No importa lo que pase. ¡Mire qué preciosas lámparas de acetileno tengo, cómo brillan y cómo las he pulido!». No lo consideraría

usted un Clifford-Earp, ni siquiera un hombre enteramente cuerdo. Lo mismo ocurre con nuestro estudiante de poesía. Es indudable que una gran cantidad de lo que se conoce como superación personal es simplemente auto-complacencia, una forma de placer que solo incidentalmente mejora una parte particular de la máquina, y aun eso a expensas de partes mucho más importantes.

Mi objetivo es dirigir la atención de un hombre hacia sí mismo como un todo, considerado como una máquina, compleja y capaz de una eficiencia bastante extraordinaria, para viajar por este mundo sin tropiezos, de cualquier manera deseada, con satisfacción no solo para él mismo sino para las personas que encuentra en el camino, y las personas que le adelantan y a las que él adelanta. Mi objetivo es mostrar que solo una fracción inapreciable de nuestros esfuerzos ordenados y sostenidos se dedica al asunto de la vida real, en contraposición a los preliminares de la vida.

III - EL CEREBRO COMO UN CABALLERO POR LIBRE

No es como si, en este asunto de la vida diaria, nos viéramos seriamente obstaculizados por la ignorancia, ni en cuanto a los resultados que deberíamos obtener, ni en cuanto a los medios generales que debemos emplear para obtenerlos. Con toda nuestra absorción en los meros preliminares de la vida, y todo nuestro descuido sobre la vida misma, llegamos bastante pronto a una noción bastante precisa de lo que es una vida satisfactoria, y percibimos con cierta claridad los métodos necesarios para el éxito. He imaginado al hombre que se despierta en mitad de la noche y ve el horrible semifracaso de su vida. Pero permítanme imaginar al hombre que se despierta renovado temprano en una hermosa mañana de verano y mira en su mente con los ojos de la esperanza y la experiencia, no de la experiencia y la desesperación. Ese hombre pasará una deliciosa media hora pensando en el esquema del universo en lo que a él le afecta. Tiene bastante claro que el contento depende de sus propios actos, y que ningún poder puede impedirle realizar esos actos. Lo planea todo, y antes de levantarse sabe precisamente lo que debe y hará en ciertas crisis y coyunturas previstas. Desea sinceramente vivir eficientemente —¿quién desearía hacer un desastre diario de la existencia?— y conoce la manera de realizar ese deseo.

Y sin embargo, ¡fíjense! ¡Ese hombre no habrá estado ni una hora de pie en esta difícil tierra antes de que la máquina se haya estropeado inequívocamente: la máquina que fue diseñada para hacer este trabajo de vivir, que es capaz de hacerlo a la perfección, pero que no ha sido puesta en orden! ¿De

qué sirve consultar el mapa de la vida y trazar el itinerario, y sacar la máquina del cobertizo, y empezar a andar, si la mitad de las tuercas están flojas, o la columna de dirección está torcida, o no hay gasolina en el depósito? (Habiendo hecho esta pregunta, abandonaré la comparación mecánico-vehicular, que es demasiado tosca y cruda para la delicadeza del tema). ¿Dónde ha fallado la máquina humana? Ha fallado en el cerebro. ¿Qué, está «mal de la cabeza»? Con toda seguridad, de la manera más estricta. Él sabe —nadie mejor— que cuando su esposa emplea un tono particular que contiene diez gramos de aspereza, y él responde en un tono particular que contiene once gramos, las consecuencias serán explosivas. Sabe, por otro lado, que si responde en un tono que contiene solo una pequeña gota de miel, las consecuencias pueden no ser indignas de dos seres razonables. Lo sabe. Su cerebro está plenamente instruido. Y he aquí que su cerebro, mientras argumenta que las mujeres son realmente demasiado absurdas (como si ese fuera el punto), está enviando órdenes a los músculos de la garganta y la boca que resultan en al menos once gramos de aspereza, y las relaciones conyugales están en peligro por el resto del día. Él no quería hacerlo. Su deseo era no hacerlo. Se desprecia a sí mismo por hacerlo. Pero su cerebro no estaba en buen estado de funcionamiento. Su cerebro se desbocó —«se aceleró»— por su cuenta, contra la razón, contra el deseo, contra las resoluciones matutinas, ¡y ahí está!

Ese es solo un ejemplo, de los más simples y leves. Los ejemplos se pueden multiplicar. El hombre puede ser un joven cuyo futuro inmediato depende de aprobar un examen, un examen que es capaz de aprobar «con la gorra», que nada puede impedirle aprobar si tan solo su cerebro no fuera tan absurdo como para dar órdenes a sus piernas de salir de casa hacia la pista de tenis en lugar de enviarlas escaleras arriba al estudio; si tan solo, una vez que lo ha alojado a salvo en el estudio, su cerebro se dedicara a las páginas de los libros en lugar de recrearse en la imagen de una chica agradable, que no se parece en nada a las demás chicas. O el hombre puede ser un anciano que vivirá en perfecta comodidad si tan solo su cerebro no diera vueltas interminablemente en un círculo de quejas, aprensiones y miedos que ninguna cantidad de contemplación puede destruir o siquiera mejorar.

El cerebro, el cerebro, ¡ahí reside el problema! «Bueno», dice usted, «por supuesto que sí. ¡Todos lo sabemos!». En cualquier caso, no actuamos como si lo supiéramos. «¡Danos más cerebro, Señor!», exclamó un gran escritor.

Personalmente, creo que habría sido más sabio si hubiera pedido primero el poder de mantener en orden el cerebro que tenemos. Indudablemente poseemos cerebro más que suficiente, tanto como podemos manejar. Los supremos chapuceros de la vida son a menudo personas de una facultad intelectual bastante notable, con un don bastante notable para ser sabios para los demás. La lástima es que nuestros cerebros tienen una forma de «divagar», como se le llama cortésmente. La divagación cerebral es ahora, de hecho, reconocida como una enfermedad específica. Me pregunto qué le diría usted, oh hombre de negocios con una oficina en Ludgate Circus, a su recadero, a quien hubiera enviado con un mensaje urgente a Westminster, y a quien encontrara holgazaneando por la estación de Euston cuando usted corriera a coger su tren de fin de semana. «Por favor, señor, empecé a ir a Westminster, pero hay algo raro en mis piernas que me hace subir por toda clase de calles. ¡No puedo evitarlo, señor!». «¿No puede?», diría usted. «Bueno, será mejor que vaya a ser el recadero de otro». Su cerebro es algo peor que ese recadero, algo más insidiosamente potente para el mal.

Concibo el cerebro del hombre medio bien intencionado como poseedor de los trucos y modales de uno de esos caballeros por libre que, al no tener nada muy urgente que hacer, se pasean y ofrecen sus servicios gratuitamente a alguna obra de filantropía con poco personal. Comúnmente desmoralizarán y desorganizarán la gestión de un asunto en unas dos semanas. Vienen cuando quieren; se van cuando quieren. A veces son excesivamente laboriosos y obedientes, pero entonces hay la misma probabilidad de que eludan el trabajo y sigan su propia voluntad. Y no se les debe hablar ni llamar la atención, ¡pues no se han ofrecido amablemente y no están dando sus días a cambio de nada! Estas personas son la perdición de las empresas en las que se dignan a entrometerse. Ahora bien, hay demasiado de caballero por libre en nuestro cerebro. El cerebro de uno no tiene ningún derecho a comportarse como un caballero por libre; pero de hecho lo hace. Olvida; ignora rotundamente las órdenes; en el momento crítico en que la presión es máxima, simplemente enciende un cigarrillo y se va a dar un paseo. ¡Y nosotros nos sentamos mansamente ante este comportamiento! «No me apetecía empollar», dice el joven que, en contra de su deseo, suspenderá su examen. «Las palabras salieron de mi boca antes de que me diera cuenta», dice el marido cuya esposa es una mujer. «No pude encontrar inspiración hoy», dice el artista. «No puedo resistirme al Stilton», dice el tipo que se está muriendo de gula. «Uno no puede evitar sus pensamientos», dice el

viejo preocupado. Y este último realmente expresa la excusa secreta de los cinco.

Y todos ustedes me dicen: «Mi cerebro soy yo mismo. ¿Cómo puedo cambiarme a mí mismo? Nací así». En primer lugar, usted no nació «así», ha caído en eso. Y en segundo lugar, su cerebro no es usted mismo. Es solo una parte de usted mismo, y no la sede más alta de la autoridad. ¿Ama usted a su madre, a su esposa o a sus hijos con su cerebro? ¿Desea con su cerebro? En una palabra, ¿vive usted última y esencialmente con su cerebro? No. Su cerebro es un instrumento. La prueba de que es un instrumento reside en el hecho de que, cuando la necesidad extrema urge, usted puede ordenar a su cerebro que haga ciertas cosas, y las hace. El primero de los dos grandes principios que subyacen a la eficiencia de la máquina humana es este: El cerebro es un sirviente, exterior a la fuerza central del Yo. Si está fuera de control, la razón no es que sea incontrolable, sino simplemente que su disciplina ha sido descuidada. El cerebro puede ser entrenado, como la mano y el ojo pueden ser entrenados; puede hacerse tan obediente como un perro de caza, y por métodos similares. Mientras tanto, la preparación indispensable para la disciplina cerebral es formar el hábito de considerar el propio cerebro como un instrumento exterior a uno mismo, como una lengua o un pie.

IV - EL PRIMER PASO PRÁCTICO

El cerebro es un organismo sumamente peculiar. Permítanme decir de inmediato, para no ser bombardeado por fisiólogos, psicólogos o metafísicos, que por «cerebro» me refiero a la facultad que razona y que da órdenes a los músculos. Me refiero exactamente a lo que el hombre común entiende por cerebro. El cerebro es el diplomático que organiza las relaciones entre nuestro yo instintivo y el universo, y cumple su misión cuando provee el máximo de libertad a los instintos con el mínimo de fricción. Discute con los instintos. Los toma aparte y les señala la insensatez de ciertas actuaciones. Los agarra por las faldas del abrigo cuando están a punto de hacer el ridículo. «No te bebas todo ese champán helado de un trago», le dice a un instinto; «podríamos morir por ello». «No le pegues un puñetazo en el ojo a ese tipo grosero», le dice a otro instinto; «es más poderoso que nosotros». Es, de hecho, un majestuoso espectáculo de sentido común. Y sin embargo, tiene las lagunas más extraordinarias. Es como ese hombre —todos lo conocemos y le consultamos— que es una fuente continua de excelentes y sagaces consejos sobre todo, pero que de alguna manera no puede aplicar su sagacidad a su propia carrera personal.

En lo que respecta a sus propias actividades especiales, el cerebro suele ser indisciplinado y poco fiable. Nunca sabemos qué hará a continuación. Le damos un trabajo que hacer, digamos, mientras caminamos por la calle hacia la oficina. Quizás tiene que idear algún plan para hacer que 150 libras alcancen para 200, o quizás tiene que planificar los puntos principales de

una carta muy importante. Nos encontramos con una mujer bonita, y ese indisciplinado y sagaz cerebro se va corriendo tras ella, abandonando el plan o el borrador de la carta, y entreteniéndose con aspiraciones o lamentos durante media hora, una hora, a veces un día. La parte seria de nuestro yo instintivo protesta débilmente, pero sin efecto. O puede ser que hayamos sufrido una gran decepción, que es definitiva y sin esperanza. ¿Dejará el cerebro, como una criatura sensata, esa decepción en paz, y en lugar de vivir en el pasado vivirá en el presente o en el futuro? ¡Ni hablar! Aunque sabe perfectamente bien que está perdiendo el tiempo y arrojando una sombra muy dolorosa y completamente innecesaria sobre sí mismo y sobre nosotros, tan poco puede controlar su apetito malsano y morbosos que ninguna reconvención lo inducirá a comportarse racionalmente. O quizás, después de una confabulación con el alma, se ha decidido que la próxima vez que entre en juego un cierto instinto dañino, el cerebro intervendrá firmemente. «Sí», dice el cerebro, «realmente vigilaré eso». Pero cuando llega el momento, ¿está el cerebro en su sitio? El cerebro probablemente ha olvidado el asunto por completo, o lo ha recordado demasiado tarde; o suspira, mientras el instinto victorioso lo golpea en la cabeza: «¡Buena, la próxima vez!».

Todo esto, y mucho más que cada lector puede aportar de sus propios y emocionantes recuerdos, es absurdo y ridículo por parte del cerebro. Es una prueba concluyente de que el cerebro está fuera de forma, ocioso como un negro, caprichoso como un actor-director y carcomido hasta la médula por hábitos laxos. Por lo tanto, el cerebro debe ser entrenado. Es la parte más importante de la máquina humana mediante la cual el alma se expresa y se desarrolla, y debe aprender buenos hábitos. Y principalmente debe ser enseñado a obedecer. La obediencia solo se puede enseñar imponiendo la propia voluntad, por la pura fuerza de la volición. Y el cerebro debe ser dominado por la fuerza de voluntad. El comienzo de una vida sabia reside en el control del cerebro por la voluntad; para que el cerebro pueda actuar de acuerdo con los preceptos que el propio cerebro da. Con un cerebro obediente y disciplinado, un hombre puede vivir siempre a la altura de sus mejores momentos.

Para enseñar obediencia a un niño, se le dice que haga algo, y se vela por que ese algo se haga. Lo mismo con el cerebro. Aquí está el fundamento de una vida eficiente y el antídoto para la tendencia a hacer el ridículo. Es mar-

avillosamente simple. Dígale a su cerebro: «De las 9:00 a las 9:30 de esta mañana, debes pensar sin cesar en un tema particular que te daré». Ahora, no importa cuál sea este tema —el punto es controlar y vigorizar el cerebro mediante el ejercicio—, pero bien puede darle un tema útil para reflexionar como uno inútil. Podría darle este: «Mi cerebro es mi sirviente. No soy el juguete de mi cerebro». Que se concentre en estas afirmaciones durante treinta minutos. «¿Qué?», grita usted. «¿Es este el camino hacia una vida eficiente? ¡Si no hay nada en ello!». Por simple que parezca, este es el camino, y es el único camino. En cuanto a que no haya nada en ello, pruébelo. Le garantizo que no logrará mantener su cerebro concentrado en la idea dada durante treinta segundos, y mucho menos treinta minutos. Descubrirá que su cerebro se comporta de una manera que sería cómica si no fuera trágica. Sus primeros experimentos resultarán en un fracaso desalentador, pues exigirle al cerebro, a voluntad y por voluntad, la concentración en una idea dada, incluso por un período tan corto como media hora, es una hazaña extremadamente difícil, ¡y fatigosa! Requiere perseverancia. Requiere una terrible obstinación por parte de la voluntad. Ese cerebro suyo estará saltando por todas partes, y cada vez que salte, deberá traerlo de vuelta por la fuerza a su posición original. Debe obligarlo absolutamente a ignorar toda idea excepto la que ha seleccionado para su atención. No puede esperar triunfar de golpe. Pero puede esperar triunfar. No hay un camino real para el control del cerebro. No hay ningún truco patentado al respecto, ni ninguna función complicada que una persona sencilla no pueda comprender. Es simplemente una cuestión de: Quiero, quiero y quiero.

Permítanme resumir. Vivir eficientemente, vivir a la altura del propio estándar, sacar hasta la última onza de poder de la máquina con el mínimo de fricción: estas cosas dependen de la condición disciplinada y vigorosa del cerebro. El cerebro puede ser disciplinado aprendiendo el hábito de la obediencia. Y puede aprender el hábito de la obediencia mediante la práctica de la concentración. La concentración disciplinaria, aunque nada podría tener un aire de ser más simple, es la base de toda la estructura. Este hecho debe ser captado imaginativamente; debe ser visto y sentido. Cuanto más regularmente se practique la concentración, más firmemente captará la imaginación sus efectos, tanto directos como indirectos. Después de solo unos pocos días de intentarlo honestamente en el ejercicio que he indicado, percibirá su influencia. Se acostumbrará a la idea, al principio extraña en su novedad, de que el cerebro es externo a la fuerza suprema que es usted, y

está sujeto a esa fuerza. Verá, como una posibilidad no muy lejana, a sí mismo en posesión del poder de encender y apagar su cerebro en un tema particular como enciende y apaga la electricidad en una habitación particular. El cerebro se acostumbrará a los caminos rectos de la obediencia. Y —un fenómeno notable—, por la mera práctica de la obediencia, se volverá menos olvidadizo y más efectivo. No cederá tan frecuentemente a un instinto que lo tome por sorpresa. En una palabra, habrá recibido un tónico general. Con un cerebro que mejora cada día, puede dedicarse a perfeccionar la máquina de una manera científica.

V - LA FORMACIÓN DE HÁBITOS MEDIANTE LA CONCENTRACIÓN

Tan pronto como la voluntad ha tomado el control del cerebro — tan pronto como puede decirle al cerebro, con una certeza razonable de ser obedecida: «Haz esto. Piensa en esta línea, y continúa haciéndolo sin divagar hasta que te dé permiso para detenerte» —, entonces ha llegado el momento en que el perfeccionamiento de la máquina humana puede emprenderse con un espíritu amplio y comprensivo, como un ayuntamiento emprende la purificación y reconstrucción de una ciudad. Las tremendas posibilidades de un cerebro obediente se percibirán inmediatamente en cuanto empecemos a reflexionar sobre lo que entendemos por nuestro «carácter». Ahora bien, el carácter de una persona es, y no puede ser, otra cosa que el resultado total de sus hábitos de pensamiento. Una persona es benévola porque habitual-

mente piensa de forma benévola. Una persona es perezosa porque sus pensamientos se detienen habitualmente en los placeres instantáneos de la pereza. Es cierto que todo el mundo nace con ciertas predisposiciones, y que estas predisposiciones influyen muy fuertemente en la formación temprana de los hábitos de pensamiento. Pero el hecho es que el carácter se construye mediante hábitos de pensamiento largamente continuados. Si el edificio maduro del carácter muestra generalmente en forma exagerada las peculiaridades de la predisposición original, esto simplemente indica una probabilidad de que la lenta erección del edificio haya procedido al azar, y que la razón no la haya presidido. Un niño puede nacer con una tendencia a tener los hombros encorvados. Si no se hace nada, si por el contrario se convierte en oficinista y aborrece la gimnasia, sus hombros desarrollarán una redondez excesiva, enteramente por hábito. Mientras que, si su voluntad, guiada por su razón, hubiera obligado a la formación de un hábito físico correctivo, sus hombros podrían haber estado, si no completamente rectos, casi rectos. ¡Así es un hábito físico! Lo mismo con un hábito mental.

Cuanto más de cerca examinemos el desarrollo de las predisposiciones originales, más claramente veremos que este desarrollo no es inevitable, no es un proceso que se desarrolla por sí mismo según leyes misteriosas e implacables que no podemos comprender. Por ejemplo, el efecto de una predisposición original puede ser destruido por un shock accidental. Un joven con una tendencia hereditaria al alcoholismo puede convertirse en un abstemio severo por el shock causado al ver a su padre borracho golpear a su madre; mientras que, si su padre hubiera sido afectuoso en la bebida, el hijo podría haber terminado en la cuneta. ¡Ninguna ley implacable aquí! Es notorio, también, que las naturalezas a veces cambian completamente en su desarrollo por el contacto casual y momentáneo con naturalezas más fuertes que las suyas. «Desde ese día resolví...», etc. Ya conocen la frase. A menudo la resolución no se mantiene; pero a menudo se mantiene. Una chispa ha inflamado la voluntad. La voluntad ardiente ha tiranizado al cerebro. Se han formado nuevos hábitos. Y el resultado parece un milagro.

Ahora bien, si estas grandes transformaciones pueden producirse por accidente, ¿no pueden producirse transformaciones similares por un diseño razonable? En cualquier caso, si uno empieza a producirlas, empieza con la seguridad de que las transformaciones no son imposibles, puesto que han ocurrido. Uno empieza también con el pleno conocimiento de la influencia

del hábito en la vida. Tome cualquiera de sus propios hábitos, mentales o físicos. Podrá recordar el tiempo en que ese hábito no existía, o si existía era apenas perceptible. Y descubrirá que casi todos sus hábitos se han formado inconscientemente, por repeticiones diarias que no guardaban relación con un plan general, y que usted practicaba sin darse cuenta. Se verá obligado a admitir que su «carácter», tal como es hoy, es una estructura que ha sido construida casi sin la ayuda de un arquitecto; a troche y moche, de cualquier manera. Pero ocasionalmente el arquitecto intervino y diseñó algo. Aquí y allá, entre sus hábitos, encontrará uno que usted inició y perseveró consciente y deliberadamente, sin duda debido a alguna feliz influencia. ¿Cuál es la diferencia entre ese hábito consciente y los hábitos inconscientes? Ninguna en absoluto en lo que respecta a su efecto sobre la suma de su carácter. Puede ser el más fuerte de todos sus hábitos. La única cualidad que lo diferencia de los otros es que tiene un objetivo definido (muy probablemente un buen objetivo), y que cumple total o parcialmente ese objetivo. No hay un hombre que lea estas líneas que no haya probado en sí mismo, en este o aquel detalle, que la voluntad, forzando al cerebro a repetir la misma acción una y otra vez, puede modificar la forma de su carácter como un escultor modifica la forma de la arcilla húmeda.

Pero si el carácter de un hombre adulto se desarrolla día a día (como así es), si nueve décimas partes del desarrollo se deben a la acción inconsciente y una décima a la acción consciente, y si la décima parte consciente es la parte más satisfactoria del resultado total; ¿por qué, en nombre del sentido común, de ahora en adelante, no deberían nueve décimas partes, en lugar de una décima, deberse a la acción consciente? ¿Qué hay para impedir esta agradable consumación? No hay absolutamente nada que lo impida, excepto la insubordinación por parte del cerebro. Y la insubordinación del cerebro se puede curar, como he mostrado anteriormente. Cuando veo a hombres infelices e ineficientes en el oficio de vivir, por pura y crasa desatención a su propio desarrollo; cuando veo a hombres deformes construyendo negocios e imperios, y sin detenerse nunca a construirse a sí mismos; cuando veo a hombres lúgubres gastando precisamente la misma energía en enseñar a un perro a caminar sobre sus patas traseras que la que iluminaría todo el color de sus propias vidas, ¡siento ganas de entregar el alma, tan ridículo, tan fatuo parece el espectáculo! Pero, por supuesto, no entrego el alma. El paroxismo pasa. Solo que realmente debo gritar: «¿No ven lo que se están perdiendo? ¿No ven que se están perdiendo la cosa más interesante

de la tierra, mucho más interesante que los negocios, los imperios y los perros? ¿No les llama la atención lo torpes y miopes que son, trabajando siempre con una máquina inferior cuando podrían tener una perfección de deslizamiento suave? ¿No les llama la atención lo mal que se están tratando a sí mismos?».

Escuche, usted, quejica confirmado, usted que hace de la cena un momento espantoso con quejas contra el destino, pues a usted voy a señalar. ¿Es consciente de lo que la gente dice de usted a sus espaldas? Dicen que se hace miserable a sí mismo y a su familia por el hábito que ha adquirido de quejarse siempre. «¿Seguro que no es para tanto?», protesta usted. Sí, es exactamente para tanto. Usted dice: «El hecho es que sé que es absurdo quejarse. Pero soy así. ¡He intentado dejarlo, y no puedo!». ¿Cómo ha intentado dejarlo? «Bueno, he decidido varias veces luchar contra ello, pero nunca tengo éxito. Esto es estrictamente entre nosotros. Normalmente no admito que soy un quejica». Considerando que se queja aproximadamente una hora y media cada día de su vida, era optimista, mi estimado señor, esperar curar tal hábito por medio de una única intención, formada a intervalos en el cerebro y luego olvidada. ¡No! Debe hacer más que eso. Si usted fija diariamente su cerebro firmemente durante media hora en la verdad (sabe que es una verdad) de que quejarse es absurdo y fútil, su cerebro de ahora en adelante comenzará a formar un hábito en esa dirección; comenzará a moldearse a la idea de que quejarse es absurdo y fútil. En momentos extraños, cuando no esté pensando en nada en particular, recordará de repente que quejarse es absurdo y fútil. Cuando se siente a la mesa y abra la boca para decir: «No puedo entender lo que mi imbécil de socio quiere decir con...», recordará que quejarse es absurdo y fútil, y alterará la disposición de su garganta, dientes y lengua, de modo que dirá: «¡Qué buen tiempo estamos teniendo!». En resumen, recordará involuntariamente, por un nuevo hábito. Todos los que miren en su experiencia admitirán que el fracaso en reemplazar viejos hábitos por nuevos se debe al hecho de que en el momento crítico el cerebro no recuerda; simplemente olvida. La práctica de la concentración curará eso. Todo depende de la concentración regular. Este quejarse es un ejemplo, aunque elegido no del todo al azar.

VI - SEÑOR DE LA MOLLERA

Habiendo probado por experimento personal la verdad del primero de los dos grandes principios que conciernen a la máquina humana —a saber, que el cerebro es un sirviente, no un amo, y puede ser controlado—, podemos ahora llegar al segundo. El segundo es más fundamental que el primero, pero no puede ser de ninguna utilidad hasta que el primero sea entendido y puesto en práctica. La máquina humana es un aparato de cerebro y músculo para permitir que el Yo se desarrolle libremente en el universo que lo rodea, sin fricción. Su función es convertir los hechos del universo en la mejor ventaja para el Yo. Los hechos del universo son el material con el que es su asunto tratar, no los hechos de un universo ideal, sino los hechos de este universo. Por lo tanto, cuando ocurre la fricción, cuando los hechos del universo dejan de ser ventajosos para el Yo, la culpa es de la máquina. No es el sistema solar el que se ha estropeado, sino la máquina humana. Segundo gran principio, por lo tanto: «En caso de fricción, la máquina siempre tiene la culpa».

No puede controlar nada más que su propia mente. Incluso su bebé de dos años puede desafiarlo por la fuerza instintiva de su personalidad. Pero su propia mente puede controlarla. Su propia mente es un recinto sagrado en el que nada dañino puede entrar excepto con su permiso. Su propia mente tiene el poder de transmutar cada fenómeno externo para sus propios fines. Si la felicidad surge de la alegría, la amabilidad y la rectitud (¿y quién lo negará?), ¿qué posible combinación de circunstancias va a hacerlo infeliz mientras la máquina permanezca en orden? Si el autodesarrollo consiste en la utilización del propio entorno (no la utilización del entorno de otra per-

sona), ¿cómo puede su entorno impedirle desarrollarse? Se vería bastante ridículo sin él, de todos modos. En esa mollera suya está todo lo necesario para el desarrollo, para mantener la dignidad, para alcanzar la felicidad, y usted es señor absoluto sobre la mollera, si tan solo ejerce los poderes de señorío. ¿Por qué preocuparse por el contenido de la mollera de otra persona, en la que no puede ser más que un intruso, cuando puede llegar a un resultado mejor, con absoluta certeza, confinando sus actividades a la suya propia? «Mira en tu interior». «El Reino de los Cielos está dentro de vosotros». «¡Oh, sí!», protesta usted. «Todo eso es viejo. Epicteto dijo eso. Marco Aurelio dijo eso. Cristo dijo eso». Lo dijeron. Lo admito de buen grado. Pero si usted se irritó esta mañana porque su autobús se averió y tuvo que coger un taxi, entonces, en lo que a usted respecta, estos grandes maestros vivieron en vano. Usted, que se llama a sí mismo un hombre razonable, va por ahí dependiendo para su felicidad, dignidad y crecimiento, de mil cosas sobre las que no tiene control, y la máquina más exquisitamente organizada para asegurar la felicidad, la dignidad y el crecimiento, se está oxidando dentro de usted. Y todo porque tiene una especie de idea de que un dicho dicho hace dos mil años no puede ser práctico.

Usted le comenta sabiamente a su hijo: «No, hijo mío, no puedes tener esa luna, y no lograrás nada llorando por ella. Ahora, aquí está esta hermosa caja de ladrillos, con la que puedes divertirte mientras aprendes muchas cosas maravillosas y mejoras tu mente. Debes tratar de contentarte con lo que tienes y sacar lo mejor de ello. Si tuvieras la luna no serías más feliz». Luego usted se queda despierto media noche lamentándose porque el último correo ha traído una carta que dice que «la Junta no puede considerar su solicitud de...», etc. Dice que los dos casos no son iguales. No lo son. Su hijo nunca ha oído hablar de Epicteto. Por otro lado, la justicia es la luna. A su edad, seguramente lo sabe. «Pero los Directores deberían haber concedido mi solicitud», insiste usted. ¡Exactamente! Estoy de acuerdo. Pero no estamos en un universo de «deberías». Usted tiene un aparato especial dentro de sí para lidiar con un universo donde los «deberías» son flagrantemente ignorados. Y no lo está usando. Está despierto, manteniendo a su esposa despierta, dañando su salud, dañando la de ella, perdiendo su dignidad y su alegría. ¿Por qué? ¿Porque piensa que estas payasadas y actuaciones influirán en la Junta? ¿Porque piensa que le pondrán en mejores condiciones para lidiar con su entorno mañana? Ni por asomo. Simplemente porque la máquina tiene la culpa.

En ciertos casos, hacemos uso de nuestras máquinas (tan bien como su triste estado de abandono lo permite), pero en otros casos nos comportamos de una manera extraordinariamente irracional. Así, si salimos y nos sorprende un fuerte aguacero, no nos sentamos, a menos que estemos muy avanzados en la necedad, a maldecir el tiempo. Abrimos nuestro paraguas, si tenemos uno, y si no, nos apresuramos a casa. Podemos quejarnos, pero no es una queja seria; aceptamos el aguacero como un hecho del universo y nos controlamos. Así también, si por una catástrofe repentina perdemos a alguien que es importante para nosotros, nos afligimos, pero nos controlamos, reconociendo uno de esos azares del destino de los que ni siquiera los millonarios están exentos. Y el resultado en nuestro Yo suele ser mejorarlo en aspectos esenciales. Pero hay otros golpes del destino, otros hechos del universo, contra los que protestamos como un niño protesta cuando se le priva de la luna.

Tome el caso de un individuo con una idea imperfecta de la honestidad. Ahora, ese individuo es la consecuencia de su padre y su madre y su entorno, y su padre y su madre de los suyos, y así hacia atrás hasta el protoplasma unicelular. Ese individuo es un resultado del orden cósmico, el producto inevitable de causa y efecto. Lo sabemos. Debemos admitir que es un hecho del universo tanto como un aguacero o una tormenta en el mar que se traga un barco. Concedemos libremente en abstracto que debe haber, en la etapa actual de la evolución, un cierto número de personas con mentes injustas. Estamos bastante dispuestos a contemplar a tal individuo con filosofía, hasta que sucede que, en el curso del progreso del sistema solar, se topa con nosotros mismos. ¡Entonces escuchen el clamor! ¡Escuchen las continuas explosiones de un hombre justo agraviado! El individuo puede ser nuestro empleado, cajero, hijo, padre, hermano, socio, esposa, empleador. ¡Se nos trata mal! ¡Se nos trata injustamente! Pateamos; gritamos. Alimentamos el sentido interno de agravio que carcome el núcleo del contento. Nos sentamos bajo la lluvia. Nos negamos a pensar en paraguas o a correr a refugiarnos.

No nos importa que ese individuo sea un hecho que el universo ha estado fabricando lentamente durante millones de años. Nuestra actitud implica que queremos que la eternidad retroceda y comience de nuevo, de tal manera que nosotros, al menos, no seamos molestados. Aunque tenemos una máquina para la transmutación de hechos en alimento para nuestro crec-

imiento, no soñamos con usarla. ¡Pero, decimos, nos está haciendo daño! ¿Dónde? En nuestras mentes. Nos ha robado nuestra paz, nuestra comodidad, nuestra felicidad, nuestro buen humor. Incluso si lo ha hecho, bien podríamos despotricar contra un aguacero. Pero, ¿lo ha hecho? ¿Qué estaba haciendo nuestro cerebro mientras esta persona traviesa entraba y nos robaba las únicas posesiones que valen la pena? ¡No, no! No es que nos haya hecho daño —el único dato alegre en un universo de hechos pétreos es que nadie puede dañar a nadie excepto a sí mismo—, es simplemente que hemos sido tontos, precisamente tan tontos como si nos hubiéramos sentado bajo la lluvia con un paraguas plegado a nuestro lado... La máquina tiene la culpa. Me parece que ahora estamos vislumbrando lo que realmente significa esa frase.

VII - EN QUÉ CONSISTE PRINCIPALMENTE «VIVIR»

Es en la interacción —social, sentimental o de negocios— con nuestros semejantes donde las cualidades y la condición de la máquina humana se ponen a prueba y se fuerzan. Aquella parte de mi vida que conduzco por mí mismo, sin referencia —o al menos sin referencia directa— a los demás, generalmente puedo manejarla de tal manera que los dioses no lloren positivamente ante el espectáculo de la misma. Mi entorno es más simple, menos desconcertante, cuando estoy solo, mi calma y mi autocontrol son menos propensos a fluctuaciones violentas. ¡Imposible ser perturbado por una silla! ¡Imposible que una silla me ponga de los nervios! ¡Imposible culpar a una silla por no ser tan razonable, tan arcangélica como yo mismo! Pero cuando se trata de gente... ¡Bueno, eso es «vivir», entonces! El arte de la vida, el arte de extraer todo su poder de la máquina humana, no reside principalmente en procesos de cultura libresca, ni en contemplaciones de la belleza y majestad de la existencia. Reside principalmente en mantener la paz, toda la paz y nada más que la paz, con aquellos con quienes a uno le «toca» estar. ¿Es sentado extasiado sobre Shelley, Shakespeare o Herbert Spencer, solitario en mi habitación por la noche, que me estoy «mejorando» y aprendiendo a vivir? ¿O es velando por todos mis contactos humanos diarios? No busquen escapar de la comparación insinuando que desprecio el estudio, o señalando que las verdades eternas están más allá de lo cotidiano. ¡Nada de eso! Soy tan «tonto» con los libros que el mero hecho de poseerlos me da placer. Y si las verdades son buenas para la eternidad, deberían ser buenas

para un día. Si no puedo cambiarlas por moneda diaria — si no puedo comprar felicidad para un solo día porque no tengo nada menos que una verdad eterna encima y nadie tiene cambio suficiente —, entonces mi verdad eterna no es una verdad eterna. Es simplemente un trozo de vidrio no negociable (llamado diamante), o incluso un billete del Banco del Grabado.

Puedo decirme a mí mismo cuando me levanto por la mañana: «Soy el amo de mi cerebro. Nadie puede entrar ahí y enfurecerse como un toro en una cacharrería. Si mis compañeros en la corteza del planeta eligen enfurecerse, ¡no pueden afectarme! No lo permitiré. Tengo el poder de mantener mi propia calma, y lo haré. Ningún ser terrenal puede forzarme a ser infiel a mis principios, o a estar ciego a la belleza del universo, o a estar sombrío, o a ser irritable, o a quejarme de mi suerte. Pues estas cosas dependen del cerebro; la alegría, la amabilidad y el pensamiento honesto están todos dentro del departamento del cerebro. El cerebro disciplinado puede lograrlos. Y mi cerebro está disciplinado, y lo disciplinaré más y más a medida que pasen los días. Soy, por lo tanto, independiente del azar, y apostaré por mí mismo para conducir toda interacción como corresponde a una criatura racional». ... Puedo decir esto. Puedo meter este argumento a la fuerza en mi cerebro, y a fuerza de repetirlo con suficiente frecuencia, llegaré seguramente a las supremas virtudes de la razón. Seguramente conquistaría — siendo el cerebro una máquina de hábitos —, incluso si no me tomara la molestia de considerar en lo más mínimo qué clase de cosas son mis semejantes, actuando simplemente en mi propio interés. Pero el camino de la perfección (hablo relativamente) se acortará y allanará inmensamente si considero, desapasionadamente, el caso de las otras máquinas humanas. Así:—

La verdad es que mi actitud hacia mis semejantes es fundamental y totalmente errónea, y que impone a mi máquina pensante una tensión que es bastante innecesaria, aunque yo haya dispuesto la máquina para resistir la tensión con éxito. El secreto de una vida fluida es una alegría serena que me dejará siempre en plena posesión de mi facultad de razonamiento, para que pueda vivir por la razón en lugar de por el instinto y la pasión momentánea. El secreto de la alegría serena es la amabilidad; ninguna persona puede ser consistentemente alegre y serena si no piensa consistentemente pensamientos amables. Pero, ¿cómo puedo ser amable cuando paso la mayor parte de mi tiempo culpando a las personas que me rodean, que son parte de mi en-

torno? Si yo, culpando, logro algún acercamiento a la amabilidad, es solo por un gran y agotador esfuerzo de autodominio. El secreto más íntimo, entonces, reside en no culpar, en no juzgar y emitir veredictos. ¡Oh! ¡No culpo de palabra! Estoy demasiado avanzado para tal puerilidad. Guardo la culpa en mi propio pecho, donde se ulcera. Siempre estoy perdonando en privado, lo cual es malo para mí. Porque, ya saben, no hay nada que perdonar. No tengo que perdonar el mal tiempo; ni, si me encontrara en un terremoto, tendría que perdonar al terremoto.

Toda culpa, expresada o no, está mal. No me culpo a mí mismo. Puedo explicarme a mí mismo. Invariablemente puedo explicarme. Si falsificara el nombre de un amigo en un cheque, me explicaría el asunto de manera bastante satisfactoria a mí mismo. Y en lugar de culparme, simpatizaría conmigo mismo por haber sido arrastrado a un rincón tan excesivamente incómodo. Permítanme examinar honestamente mis procesos mentales, y debo admitir que mi actitud hacia los demás es enteramente diferente de mi actitud hacia mí mismo. Debo admitir que en el aislamiento de mi mente, aunque no digo ni una palabra, estoy constantemente culpando a los demás porque no soy feliz. Cada vez que me topo con una personalidad opuesta y mi suave progreso se ve impedido, culpo secretamente al oponente. Actúo como si le hubiera gritado al mundo: «¡Apártense todos, que voy a pasar!».

No todos se apartan. Realmente no esperaba que todos se apartaran. Pero actúo, por dentro, como si lo hubiera esperado. Culpo. Por lo tanto, la amabilidad, por lo tanto, la alegría, se me hacen mucho más difíciles.

¡Lo que debería hacer es esto! Debería reflexionar una y otra vez, y otra vez más, que los seres entre los que tengo que navegar, el entorno vivo del que tengo que fabricar mi felicidad, son tan inevitables en el esquema de la evolución como yo mismo; tienen tanto derecho a ser ellos mismos como yo a ser yo mismo; son precisamente mis iguales ante la Naturaleza; pueden ser explicados como yo puedo ser explicado; tienen derecho a la misma libertad que yo, y no son más responsables de su composición y su entorno que yo de los míos. Debería reflexionar una y otra vez, y otra vez más, que todos ellos merecen de mí tanta simpatía como la que me doy a mí mismo. ¿Por qué no? Habiendo reflexionado así de manera general, debería tomar uno por uno a los individuos con los que estoy en contacto frecuente, y buscar, mediante un esfuerzo deliberado de la imaginación y la razón, entenderlos, entender por qué actúan así y asá, cuáles son sus dificultades, cuál es su

«explicación», y cómo se puede evitar la fricción. Así debería reflexionar, mañana tras mañana, hasta que mi cerebro esté saturado con los casos de estos individuos. He aquí un curso de disciplina. Si lo sigo, perderé gradualmente el hábito absurdo de culpar, y habré sentado las bases de esa tranquila e inquebrantable serenidad que es el preliminar indispensable de la conducta según la razón, de la eficiencia total en la máquina de la felicidad. Pero algo en mí, algo claramente bajo, dice: «Sí. ¡Otra vez el asunto de ponerse en su lugar! ¡Otra vez el asunto de 'haz a los demás...!'». ¡Exactamente! Algo en mí se avergüenza de ser «moral». (¡Todos conocen el sentimiento!) Bueno, la moral no es más que otro nombre para la conducta razonable; una forma más elevada y práctica de egoísmo, un egoísmo que, al liberar a los demás, me libera a mí mismo. He probado la forma inferior de egoísmo. Y ha fracasado. Si tengo miedo de ser moral, si prefiero cortarme la nariz para fastidiar a mi cara, bueno, debo aceptar las consecuencias. Pero la verdad prevalecerá.

VIII - LA FRICCIÓN DIARIA

Me ocupo ahora de los asuntos comunes y diarios, no de empresas heroicas, ambiciones, martirios. Tomen el día, el día ordinario en la casa o la oficina ordinaria. Aunque viene siete veces por semana, y es la cosa más banal imaginable, merece toda la atención. ¿Cómo lo supera la máquina? ¡Ah! Lo mejor que se puede decir de la máquina es que lo supera, de alguna manera. La fricción, aunque rara vez es tal como para detener las cosas, es frecuente; el tipo de fricción que, cuando ocurre en una bicicleta, es suficiente para molestar al ciclista, pero no suficiente para hacerle bajar de la máquina y examinar los cojinetes. Ocasionalmente la fricción es muy ruidosa; de hecho, perturbadora, y en intervalos más raros chilla, como un freno de autobús en mal estado. Conocen esos días en que tienen la sensación de que la vida no es lo suficientemente grande como para contener el hogar o el personal de la oficina, cuando el asunto de la interacción puede compararse con las maniobras de dos personas que, habiéndose despertado con un fuerte dolor de cabeza, se ven obligadas a vestirse simultáneamente en un dormitorio muy pequeño. «¡Después de usted con esa toalla!», en acentos de amargura y cortesía rechinante. «¡Si pudiera usted amablemente quitar sus cosas de esta silla!», con una voz que volaría los sesos si fuera una bala. Me atrevo a decir que conocen esos días. «Pero», replican ustedes, «tales días son pocos. ¡Usualmente...!». Bueno, usualmente, la fricción, aunque menos intensa, sigue ocurriendo. Nos acostumbramos a ella. Apenas la notamos, como una persona en una habitación cargada apenas notará la cargazón. Pero la influencia deteriorante debida a la fricción continúa, incluso si no se percibe. Y una mañana percibimos sus estragos, y escribimos una carta al Telegraph para preguntar si la vida vale la pena, o si el

matrimonio es un fracaso, o si los hombres son más educados que las mujeres. La prueba de que la fricción, en grados diversos y variables, es prácticamente consciente en la mayoría de los hogares reside en el hecho de que cuando nos topamos con un hogar donde no hay fricción, nos quedamos atónitos. No podemos recuperarnos del fenómeno. Y al describir este hogar a nuestros amigos, decimos: «Se llevan tan bien juntos», como si estuviéramos diciendo: «¡Tienen alas y pueden volar! ¡Imagínense! ¿Han oído alguna vez algo así?».

El noventa por ciento de toda la fricción diaria es causada por el tono, el mero tono de voz. Prueben este experimento. Digan: «¡Oh, pequeño tesoro, dulce encanto, criatura enteramente encantadora!» a un bebé o a un perro; pero rujan estos deliciosos epítetos con el tono de decir: «¡Maldito pequeño fastidio! ¡Si oigo otro sonido te romperé todos los huesos del cuerpo!».

El bebé gemirá infaliblemente, y el perro se alejará infaliblemente con el rabo entre las piernas. Ciertamente, un perro no es un ser humano, ni tampoco un bebé. No pueden entender. Es precisamente porque no pueden entender ni articular palabras que el experimento es valioso; pues separa el efecto del tono del efecto de la palabra hablada. Quien habla, habla dos veces. Sus palabras transmiten su pensamiento, y su tono transmite su actitud mental hacia la persona a la que se dirige. Y ciertamente la actitud, en lo que a fricción se refiere, es más importante que el pensamiento. Su esposa puede decirle: «Voy a comprar ese sombrero del que te hablé». Y usted puede responder, con toda sinceridad: «Como quieras». Pero dependerá de su tono si transmite: «Como quieras. Estoy sinceramente ansioso de que tus inocentes caprichos sean complacidos». O si transmite: «Como quieras. Solo no me molestes con sombreros. Estoy por encima de los sombreros. Se gasta demasiado dinero en esta casa en sombreros. Sin embargo, ¡estoy indefenso!».

O si transmite: «Como quieras, corazón de mi corazón, pero si quieres ser una chica buena, ve con calma. Andamos algo justos». No necesito extenderme. Estoy seguro de ser comprendido.

Como el tono es la expresión de la actitud, es, por supuesto, causado por la actitud. El tono friccional se debe principalmente a esa actitud general de culpa que ya he condenado como absurda e injustificable. A medida que, mediante una disciplina constante y vigilante, perdemos gradualmente esta tonta actitud de culpa, el tono cambiará gradualmente por sí mismo. Pero las dos mejoras pueden proceder juntas, y es curioso que un tono agradable,

adoptado artificial y deliberadamente, influirá en la actitud mental casi tanto como la actitud mental influirá en el tono. Si honestamente se siente resentido contra alguien, pero, habiendo comprendido la necesidad de la furia, enmascara intencionadamente su furia bajo un tono persuasivo, su furia comenzará a disminuir de inmediato. Se verá conducido a un tren de pensamiento racional; verá que después de todo el objeto de su resentimiento tiene derecho a existir, y que no es ni un felpudo ni un canalla, y que de todos modos no se gana nada, y se pierde mucho, con la furia. Verá que la furia es indigna de usted.

¿Recuerdan la dulzura del tono que emplearon después de la reconciliación de su primera pelea con un compañero amado? ¿Recuerdan el tono persuasivo que usaron cuando querían obtener algo de una persona difícil de la que dependía su felicidad? ¿Por qué su tono no debería combinar siempre estas cualidades? ¿Por qué no deberían educar cuidadosamente su tono? ¿Está por debajo de ustedes asegurar la mayor cantidad posible de su propio «camino» por los medios más simples? ¿O hay en el fondo de su mente esa idea peculiarmente inglesa y alemana de que la cortesía, la simpatía y el respeto por otra alma inmortal implicarían una debilidad deplorabile de su parte? Dicen que su felicidad no depende de cada persona con la que hablan. Sí, depende. Su felicidad siempre depende precisamente de esa persona. Produzcan fricción, y sufren. Es inútil argumentar que la persona no tiene por qué molestarse por su tono. Han causado una fricción evitable, simplemente porque su máquina para tratar con su entorno sufría de orgullo, ignorancia o falta de reflexión. Dicen que estoy haciendo una montaña de un grano de arena. ¡No! Estoy haciendo una montaña de diez millones de granos de arena. Y eso es lo que hace la vida. Son las causas pequeñas pero continuas las que tienen grandes efectos. Repito: ¿Por qué no adoptar deliberadamente un tono suave y persuasivo, solo para ver cuáles son los resultados? Seguramente no se avergüenzan de ser sabios. Pueden sonreír con superioridad al leer esto. Sin embargo, saben muy bien que más de una vez han resuelto usar un tono suave y persuasivo en todas las ocasiones, y que la única razón por la que tuvieron esa terrible bronca ayer con la cuñada de su primo fue que hacía tiempo que habían fracasado en mantener su resolución. Pero una vez, y más de una vez, pensaron como yo.

Lo que tienen que hacer es enseñar el nuevo hábito a su cerebro mediante la concentración diaria en él; forzando a su cerebro a no pensar en otra cosa

durante media hora por la mañana. Después de un tiempo, el cerebro comenzará a recordar automáticamente. Porque, por supuesto, la explicación de sus fracasos anteriores es que su cerebro, indisciplinado, simplemente olvidó en el momento crítico. El tono salió de su boca antes de que su cerebro se despertara. Es necesario vigilar, como si fueran un centinela, no solo contra el tono equivocado, sino contra los otros síntomas de la actitud de culpa. Como el ceño fruncido. Es necesario observarse constantemente, y en detalle minucioso. Se tumban en la cama durante media hora y se concentran con entusiasmo en este hermoso nuevo esquema del tono correcto. Se levantan, y porque no logran una elegancia adecuada en el nudo de la corbata al primer intento, ¡fruncen el ceño y maldicen y aprietan los dientes! Ahí tienen un síntoma de la actitud equivocada hacia su entorno. Están despiertos, pero su cerebro no lo está. Es en un síntoma así donde pueden juzgarse a sí mismos. ¡Y no es un síntoma trivial tampoco! Si fruncen el ceño a una corbata, si usan un lenguaje con una corbata que ningún caballero debería usar con una corbata, ¿de qué no serán capaces con un ser responsable?... Sí, es muy difícil. Pero se puede hacer.

IX - ¡FUEGO!

En este asunto de la vida diaria, del uso ordinario de la máquina en la interacción horaria, ocurre a veces un fenómeno que es causa de muchos problemas, y el resultado de una máquina muy mal cuidada. Es un fenómeno imposible de ignorar y, sin embargo, tan vergonzoso es, tan degradante, tan chocante, tan miserable, que dudo en mencionarlo. Pues una clase de lector seguramente se burlará de mí, diciendo altivamente: «¡Uno realmente no espera encontrar este tipo de cosas impresas hoy en día!». Y otra clase de lector seguramente se enfadará. Sin embargo, como uno de mis principales objetivos en este libro es discutir asuntos de los que «la gente no habla», discutiré este asunto. Pero mi timidez al hacerlo es tal que debo abordarlo de forma indirecta, describiéndolo primero por medio de una figura.

Imaginen que, al mirar la casa de un hombre, perciben de repente que está en llamas. La llama es apenas perceptible. Podrían apagarla si tuvieran las manos libres. Pero no tienen las manos libres. Es su casa, no la de ustedes. Puede que él sepa o no que su casa se está quemando. Son conscientes, por experiencia, sin embargo, de que si dirigieran su atención a la llama, el efecto de su advertencia sería extremadamente singular, casi increíble. Pues el efecto sería que él instantáneamente comenzaría a encender cerillas, verter petróleo y avivar la llama, resintiéndolo violentamente la interferencia. Por lo tanto, solo pueden quedarse y observar, esperando que él note las llamas antes de que estén fuera de control y las extinga. La probabilidad es, sin embargo, que note las llamas demasiado tarde. Y sin poder evitar el desastre, están condenados, por lo tanto, a observar el daño de una

propiedad valiosa. Las llamas saltan cada vez más alto, y no se apagan hasta que se han consumido por sí mismas. Apartan la mirada del espectáculo, y hasta que ustedes se han ido, el dueño de la casa finge que no ha ocurrido nada. Cuando está solo, se maldice a sí mismo por su descuido.

Lo anterior pretende ser una descripción de lo que sucede cuando un hombre pasa por la experiencia incendiaria conocida como «perder los estribos». (¡Ahí está! ¡Ya he soltado la liebre de mi capítulo!) Un hombre que ha perdido los estribos simplemente está siendo «consumido por el fuego». Constituye uno de los espectáculos más curiosos y (para todos) humillantes que ofrece la vida. Es una insurrección, un desbordamiento, una tormenta arrolladora. La dignidad, el sentido común, la justicia se marchitan y se destruyen. Reina la anarquía. El diablo ha roto su cadena. El instinto está pisoteando el rostro de la razón. Y en ese hombre la civilización ha retrocedido temporalmente millones de años. Por supuesto, la cosa equivale a una enfermedad nerviosa, y creo que es casi universal. Usted protesta de inmediato que nunca pierde los estribos, ¡que no ha perdido los estribos en años! Pero, ¿no querrá decir que no ha roto muebles en años? Estos fuegos son de intensidades variables. Algunos de ellos arden muy débilmente. Sin embargo, arden. Un hombre pierde los estribos; otro simplemente está «irritado». Pero el evento es el mismo en su naturaleza. Cuando está «irritado», cuando es consciente de una vibración resentida que sorprende a todo su ser, cuando su voz cambia, cuando nota un cambio en el comportamiento de su compañero, que ve que ha «tocado un punto sensible», puede que no llegue al extremo de romper muebles, pero ha tenido un incendio, y su dignidad está dañada. Se lo admite a sí mismo después. Estoy seguro de que sabe a qué me refiero. Y estoy casi seguro de que usted, con su valiente candor, admitirá que de vez en cuando sufre de estos misteriosos «fuegos».

El «mal genio», una de las plagas de la sociedad humana, generalmente se considera incurable, salvo por el vago proceso de ejercer el autocontrol, un proceso que rara vez tiene resultados beneficiosos. Se considera ahora como se consideraba la viruela, como un designio de la Providencia, que debe ser soportado. Pero no lo considero incurable. Estoy convencido de que es permanentemente curable. Y su eminente importancia como una molestia para la humanidad en general merece, creo, que reciba una atención particular. De todos modos, estoy firmemente en contra de la teoría del designio de la Providencia, por ser anticientífica, primitiva y conducente a un

desvergonzado laissez-aller. Un hombre puede ser el amo en su propia casa. Si no puede ser el amo por simple fuerza de voluntad, puede ser el amo mediante astucia y artimaña. Emplearía la inteligencia para mantener el trono de la razón cuando es probable que sea derrocado en la mente por una de estas devastadoras y vergonzosas insurrecciones del instinto bruto.

Es inútil que un hombre con el hábito de perder o extraviar su temperamento discuta consigo mismo que tal proceder es una locura, que no sirve para nada y no hace más que daño. Es inútil que discuta que al permitir que su temperamento se desvíe, probablemente es culpable de crueldad, y ciertamente culpable de injusticia hacia aquellas personas que se ven forzadas a presenciar la pérdida. Es inútil que discuta que un hombre de temperamento incierto en una casa es como un hombre que va por una casa con un revólver cargado asomando de su bolsillo, y que todas las consideraciones de justicia y razón tienen que subordinarse en esa casa al miedo del revólver, y que la paz que se mantiene en esa casa es a menudo una paz vergonzosa e injusta. Estos argumentos no serán lo suficientemente fuertes como para prevalecer contra uno de los hábitos más poderosos y caprichosos de todos. Este hábito debe ser enfrentado y conquistado (¡y puede serlo!) por una cualidad aún más poderosa en la mente humana; me refiero al horror humano universal a parecer ridículo. El hombre que pierde los estribos a menudo piensa que está haciendo algo bastante noble y majestuoso. Por el contrario, lejos de ser así, simplemente está haciendo el asno. Simplemente se está exhibiendo como un tonto sin dignidad, como esa figura supremamente despreciable: un bebé adulto. Puede intimidar a un compañero débil con su furia, o con la oscura hosquedad de una llama más contenida, pero en el corazón incluso del compañero más débil hay un sentimiento fundamental de desprecio hacia él. La forma en que un hombre de temperamento incierto es tratado por sus amigos demuestra que lo desprecian, pues no lo tratan como a un ser razonable. ¿Cómo podrían tratarlo como a un ser razonable cuando el dominio de su razón es tan inseguro? ¡Y si tan solo pudiera oír lo que se dice de él a sus espaldas!...

El enfermo puede curarse a sí mismo enseñando a su cerebro el hábito de reflexionar sobre su extrema fatuidad. Que se concentre regularmente, con intensa fijación, en las ideas: «Cuando pierdo los estribos, cuando me irrito, cuando esa misteriosa vibración recorre mi ser, estoy haciendo el asno, ¡un asno, y un asno! ¿Entienden?, ¡un asno de lo más ridículo! Me estoy com-

portando como un niño grande. Parezco un tonto. Soy un espectáculo desprovisto de dignidad. Todo el mundo me desprecia, me sonríe en secreto, desdeña al idiota imbécil con quien es imposible razonar».

Ordinariamente, el enfermo se oculta a sí mismo este aspecto de su enfermedad, y su cerebro lo evitará instintivamente tanto como pueda. Pero en horas de calma puede forzar lenta y regularmente a su cerebro, mediante la práctica de la concentración, a familiarizarse con este aspecto, de modo que con el tiempo su instinto será pensar primero, y no último, en este aspecto. Cuando ha llegado a ese punto, está salvado. Ningún hombre que, en la misma concepción del fuego, sea visitado con una visión clara de sí mismo como un redomado imbécil y un objeto lastimoso de desprecio, carecerá de la volición para apagar el fuego. Pero, nótese bien, no tendrá éxito hasta que pueda hacerlo de inmediato. Un incendio es un incendio, y los bomberos deben salir galopando de la estación por sí mismos al instante. Esto significa la adquisición de un hábito mental. Durante las etapas preliminares de la cura, debería, por supuesto, evitar situaciones inflamables. Esto es algo perfectamente simple de hacer, si el cerebro ha sido disciplinado para superar su olvido natural.

X - UN SOBREENSFUERZO PERNICIOSO

He tratado las dos causas principales y generales de fricción en el uso diario de la máquina. Ahora trataré una causa menor, y pondré fin a la mera cotidianidad. Esta causa menor —y después de todo no sé si sus resultados son tan triviales como para justificar el epíteto de «menor»— es el esfuerzo de la máquina al forzarla a hacer un trabajo que nunca estuvo destinada a hacer. Aunque somos incapaces de persuadir a nuestras máquinas para que hagan eficazmente lo que están obligadas a hacer de alguna manera, las sobrecargamos continuamente con tareas enteramente innecesarias e ineptas. Parece que no podemos dejar las cosas en paz.

Por ejemplo, en el hogar ordinario la cantidad de caballos de fuerza de la máquina gastados en luchar por la verdad es realmente bastante absurda. Este puro celo por el establecimiento y la admisión general de la verdad suele denominarse «espíritu de contradicción». Pero, por supuesto, no es eso; es algo más elevado. Mi esposa afirma que los Jones se han mudado a un nuevo piso, cuyo alquiler es de 165 libras al año. Ahora bien, Jones me ha dicho personalmente que el alquiler de su nuevo piso es de 156 libras al año. Corrijo a mi esposa. Sabiendo que ella tiene razón, me corrijo a mí. No puede soportar que prevalezca una falsedad. No es una cuestión de 9 libras, es una cuestión de verdad. Su entusiasmo por la verdad excita mi entusiasmo por la verdad. Hace cinco minutos no me importaba un comino si el alquiler del nuevo piso de los Jones era de 165 o 156 o 1056 libras al año. Pero ahora me importa intensamente que sea de 156 libras. Me he constitui-

do en una sociedad selecta para la propagación de la verdad sobre el alquiler del nuevo piso de los Jones, y mi esposa ha hecho lo mismo. En elocuencia, en habilidad argumentativa, en estricta supervisión de nuestros temperamentos, cada uno de nosotros despilfarra enormes cantidades de esos caballos de fuerza que nos son tan preciosos. Y el efecto neto es nulo.

Ahora bien, si uno de nosotros dos hubiera entendido los principios elementales de la ingeniería humana, ese uno habría dicho (en privado): «La verdad es indestructible. La verdad saldrá a la luz. La verdad nunca tiene prisa. Si no sale hoy, saldrá mañana o el año que viene. Puede cuidarse sola. En última instancia, mi esposa (o mi marido) aprenderá la verdad cósmica esencial sobre el alquiler del nuevo piso de los Jones. Yo ya la sé, y el momento en que ella (o él) también la sepa será el momento de mi triunfo. Ella (o él) no celebrará mi triunfo abiertamente, pero no por ello será menos real. Y mi reputación de exactitud y serena contención se consolidará. Si, por una rara casualidad, estoy equivocado, será mucho mejor para mí en el día de mi perdición no haber sido demasiado categórico ahora. Además, nadie me ha nombrado único custodio de la gran verdad sobre el alquiler del nuevo piso de los Jones. No fui traído al mundo para ser una caja de seguridad, y asuntos más urgentes me reclaman al esfuerzo». Si uno de nosotros hubiera meditado así, se habría evitado mucha fricción innecesaria y se habría ahorrado energía; el amor propio no se habría expuesto a riesgos; la sagrada causa de la verdad no habría sufrido en lo más mínimo; y el alquiler del nuevo piso de los Jones habría permanecido de todos modos exactamente como es.

Además de forzar la máquina por nuestra excesiva ansiedad por la difusión de la verdad, prestamos demasiada atención al estado de las máquinas de otras personas. No encuentro palabras lo bastante enérgicas, lo bastante sarcásticas, para censurar este asombroso hábito. Se encontrará que es moneda corriente en casi todos los hogares y en casi todas las oficinas. La mayoría de nosotros nos esforzamos por reorganizar el mecanismo en otras cabezas que no son las nuestras. Esto es siempre peligroso y generalmente inútil. Considerando la dificultad que tenemos en nuestros propios cerebros, donde nuestros esfuerzos son seguramente aceptados como bien-intencionados, y donde tenemos al menos una noción aproximada de la construcción de la máquina, nuestra intrepidez al aventurarnos entre los delicados ajustes de otros cerebros es notable. Estamos malditos por un exceso de

espíritu misionero. Necesitamos viajar a la China del cerebro de nuestro hermano, y explicar allí que las cosas están seriamente mal en esa tierra pagana, y hacernos desagradables con la esperanza de que se arreglen. Todos tenemos nuestro propio cerebro y cuerpo sobre los que descargar nuestra personalidad, pero esto no es suficiente; debemos extender nuestra personalidad más allá, como si fuéramos una potencia mundial colonizadora intoxicada por la idea de «la carga del hombre blanco».

Uno de los secretos centrales de una vida diaria eficiente es dejar en paz a nuestros compañeros diarios mucho más de lo que lo hacemos, y atendernos a nosotros mismos. Si un compañero diario está conduciendo su vida según principios que usted sabe que son falsos, y con resultados que usted siente que son desagradables, la regla segura es mantener la boca cerrada. O si, por su singular vanidad, se ve obligado a abrirla, ábrala con todas las precauciones, y con la cortesía formal que usaría con un extraño. La intimidad no es excusa para los modales bruscos, aunque la mayoría de nosotros parece pensar que sí lo es. Usted no está a cargo del universo; está a cargo de sí mismo. No puede esperar manejar el universo en su tiempo libre, y si lo intenta, probablemente hará un desastre con la parte del universo que toque, mientras se descuida gravemente a sí mismo. En cada familia generalmente hay alguien cuyo interés entrometido en otras máquinas conduce a una fricción seria en la suya propia. Critique menos, incluso en el secreto de su aposento. Y no culpe en absoluto. Acepte su entorno y adáptese a él en silencio, en lugar de intentar ruidosamente adaptar su entorno a usted mismo. Aquí reside la verdadera sabiduría. No tiene derecho a traspasar los confines de su propia individualidad. Al hacerlo, es culpable de impertinencia. Esto es obvio. Y sin embargo, una de las principales actividades de la vida hogareña consiste en corretear al azar por los céspedes privados de otras personas. Lo que digo se aplica incluso a la relación entre padres e hijos. Y aunque mi precepto es exagerado, es exagerado a propósito para equilibrar eficazmente la exageración en la dirección opuesta.

Todas las individualidades, distintas de la propia, son parte del entorno de uno. El proceso evolutivo sigue su curso, y ellas son una porción de él. Trátelas como inevitables. Afirmar que son inevitables no es afirmar que son inalterables. Solo que la alteración de ellas no es principalmente asunto suyo; es de ellas. Su asunto es usarlas, tal como son, sin santurronería, culpa o queja, para el buen avance de sus propios fines. No hay intención aquí de

robarles la responsabilidad privándolos del libre albedrío mientras se le carga a usted con la responsabilidad como agente libre. Como su entorno, deben ser aceptadas como inevitables, porque son inevitables. Pero como centros en sí mismas, tienen su propia responsabilidad: que no es la suya. La cuestión histórica: «¿Tenemos libre albedrío, o somos marionetas del determinismo?» entra ahora. Como cuestión es fascinante y fútil. Nunca ha sido, y nunca será, resuelta. La teoría del determinismo no puede ser demolida con argumentos. Pero en su corazón todo hombre, incluido el más obstinado partidario de la teoría, la demuele cada hora de cada día. Por otro lado, ¡la teoría del libre albedrío puede ser demolida por el raciocinio! ¡Tanto peor para el raciocinio! Si nos consideramos agentes libres, y a las personalidades que nos rodean como marionetas del determinismo, habremos llegado al compromiso funcional del que se pueden obtener los mejores resultados de la vida. La experiencia filosófica de siglos, si ha probado algo, ha probado esto. Y el hombre que actúe sobre ello en los contactos y colisiones comunes y banales del difícil experimento que llamamos vida diaria, se convencerá rápidamente de su valor práctico.

XI - UN INTERLUDIO

Durante diez capítulos lo han soportado, pero no sin protestar. Conozco el sentimiento que anida en sus mentes, y que se ha manifestado en numerosas críticas a mis ideas. Ese sentimiento puede traducirse brevemente, quizás, de este modo: «¡Todo esto está muy bien, pero no es verdad, ni por asomo! No es más que un cuento de hadas lo que nos ha estado contando. Los milagros no ocurren», etc. Yo, por mi parte, tengo la sensación de que, a menos que tome las riendas de su sentimiento de inmediato, y lo aborde con firmeza, será mejor que eche el cierre, pues se habrán acostumbrado a considerarme simplemente como una fuente de ocioso entretenimiento. Ya percibo, por las expresiones de algunos críticos, que, en lo que a ellos respecta, tanto daría que no hubiera escrito una sola palabra. Por lo tanto, en este punto hago una pausa, para insistir una vez más en lo que dije al principio.

La carga de su crítica es: «La naturaleza humana es siempre la misma. Conozco mis defectos. Pero es inútil que me hable de ellos. No puedo cambiarlos. Nací así». La debilidad fatal de este argumento es, primero, que se basa en una completa falsedad; y segundo, que le sitúa a usted en una posición insostenible. La naturaleza humana sí cambia. Nada puede ser más anticientífico, más desesperadamente medieval, que imaginar que no lo hace. Cambia como todo lo demás. No se puede ver cómo cambia. ¡Cierto! Pero tampoco se puede ver crecer la hierba, a menos que uno se levante muy temprano.

¿Es la naturaleza humana la misma ahora que en los días de la civilización babilónica, cuando la máquina social se aceitaba con empapamien-

tos de sangre? ¿Es la misma ahora que en los días de la civilización griega, cuando no existía tal cosa como el amor romántico entre los sexos? ¿Es la misma ahora que durante los siglos en que la fricción constante debía proveer su propia cura en forma de guerra constante? ¿Es la misma ahora que el 2 de marzo de 1819, cuando el Gobierno británico se opuso oficialmente a una moción para considerar la severidad de las leyes penales (que incluían la pena capital por talar un árbol, y otros ingeniosos ardidés contra la fricción), y fue derrotado por una mayoría de solo diecinueve votos? ¿Es la misma ahora que en el año 1883, cuando se formó la primera S.P.C.C. en Inglaterra?

Si considera que la naturaleza humana sigue siendo la misma, debería salir inmediatamente y hacer una hoguera con las obras de Spencer, Darwin y Wallace, y luego regresar para disfrutar del lado puramente jocoso del presente volumen. Si admite que ha cambiado, permítame preguntarle cómo ha cambiado, si no es por los continuos esfuerzos infinitesimales, sobre sí mismos, de hombres individuales, como usted y como yo. ¿Suponía que cambió por arte de magia, o por Leyes del Parlamento, o por la acción de grupos sobre personas, y no de personas sobre grupos? Permítame decirle que la naturaleza humana ha cambiado desde ayer. Permítame decirle que hoy la razón tiene una voz más poderosa en la dirección del instinto que la que tenía ayer. Permítame decirle que hoy la fricción de las máquinas es menos chirriante y rechinante que ayer.

«Usted nació así, y no puede cambiarse, y por lo tanto no sirve de nada hablar». Si realmente cree esto, ¿por qué hacer ningún esfuerzo en absoluto? ¿Por qué no dejar que todo el asunto se deslice maravillosamente y ceder a sus instintos? ¿Qué objeto puede haber en tratar de controlarse de cualquier manera si usted es inalterable? Afírmese como inalterable, y se afirmará como fatalista. Afírmese como fatalista, y se liberará de toda responsabilidad moral, y a otras personas también. Bien, entonces, actúe de acuerdo con sus convicciones, si es que lo son. Si usted no puede cambiarse, yo no puedo cambiarme, y suponiendo que yo venga y le abra la cabeza de un golpe y le robe el bolso, no puede culparme. Solo puede, al recuperar la conciencia, estrechar afectuosamente mi mano y murmurar: «No se disculpe, mi querido amigo; no podemos cambiarnos a nosotros mismos».

Esto, dice usted, es absurdo. Lo es. Ese es uno de mis innumerables puntos. La verdad es que usted no cree realmente que no pueda cambiarse. Lo que le pasa a usted es exactamente lo que me pasa a mí: pura pereza. Odia levantarse por la mañana, y para excusar su inexcusable indolencia, habla con grandilocuencia sobre el Destino. Así como «el patriotismo es el último refugio de un canalla», así el fatalismo es el último refugio de un holgazán. Pero no engaña a nadie, y menos que a nadie a usted mismo. Racionalmente, no tiene usted un argumento en que apoyarse. En esta coyuntura, porque le he hecho reír, consiente en decir: «Lo intento, todo lo que puedo. Pero solo puedo cambiarme un poquito. Por constitución soy mentalmente perezoso. No puedo evitarlo, ¿verdad?». Bueno, mientras no sea usted la única cosa absolutamente inmutable en un universo de cambio, no me importa. Es algo que admita que puede cambiarse, aunque sea un poquito. La diferencia entre nuestras filosofías es ahora solo una cuestión de grado.

En la aplicación de cualquier sistema de perfeccionamiento de la máquina, no hay dos personas que tengan el mismo éxito. Por el tono decepcionado de algunas de sus críticas, podría pensarse que he anunciado un sistema para hacer arcángeles a partir de maniqués de sastre. Tal no era mi esperanza. No creo en los milagros. Pero sé que cuando una cosa está rematadamente bien hecha, a menudo tiene el aire de ser un milagro. Mi único objetivo es insistir en que cada hombre perfeccione su máquina lo mejor que sus facultades le permitan, no lo mejor que las facultades de otro le permitan. No albergo ninguna esperanza de que un hombre pueda ser mejor que su mejor yo. Estoy, sin embargo, convencido de que todo hombre fracasa en ser su mejor yo mucho más a menudo de lo necesario, por la razón de que su fuerza de voluntad, ya sea grande o pequeña, no está dirigida según los principios del sentido común.

El sentido común seguramente llevará a un hombre a hacerse la pregunta: «¿Por qué mis acciones de ayer contradijeron mi razón?». La respuesta a esta pregunta será casi siempre: «Porque en el momento crítico lo olvidé». La explicación suprema de los resultados fallidos de tantos esfuerzos de autocambio, la explicación suprema de nuestra frecuente y miserable huida hacia una doctrina de fatalismo, es el simple olvido. No es fuerza lo que nos falta, sino la habilidad para recordar exactamente lo que nuestra razón quería que hiciéramos o pensáramos en el momento mismo. ¿Cómo se adquiere esta habilidad? Solo se puede adquirir, como se adquiere la habilidad en los

juegos, con la práctica; entrenando el órgano implicado hasta tal punto que el órgano actúe correctamente por instinto en lugar de incorrectamente por instinto. Hay grados de éxito en este procedimiento, pero no existe un fenómeno como el fracaso completo.

Los hábitos que aumentan la fricción pueden ser reemplazados por hábitos que la disminuyen. Los hábitos que detienen el desarrollo pueden ser reemplazados por hábitos que fomentan el desarrollo. Y así como un hábito se forma naturalmente, también puede formarse artificialmente, por imitación del proceso inconsciente, acostumbrando al cerebro a la nueva idea. Permítanme, como ejemplo, referirme de nuevo al tema menor de la fricción diaria y, dentro de ese tema, a la influencia del tono. Un hombre emplea un tono friccional por hábito. El tono friccional es un instinto en él. Pero si tuviera un cuarto de hora para reflexionar antes de hablar, y si durante ese cuarto de hora pudiera siempre escuchar argumentos en contra del tono friccional, su uso del tono friccional disminuiría rápidamente; su razón conquistaría su instinto. Tal como están las cosas, su instinto conquista su razón mediante un ataque por sorpresa, tomándola desprevenida. La concentración diaria y regular del cerebro, durante un cierto período, sobre el tono no friccional y las inmensas ventajas de su uso, establecerá gradualmente en el cerebro un nuevo hábito de pensar en el tono no friccional; hasta que finalmente el cerebro, disciplinado, se vuelva hacia el acto correcto antes de que el viejo y tonto instinto pueda capturarlo; y en última instancia, un nuevo y sagaz instinto suplantará al antiguo.

Esta es la lógica. Se aplica a todos los hábitos. Cualquier persona puede probar su eficacia en cualquier hábito. No me importa si es de voluntad fuerte o débil, puede probarlo. Pronto verá la tremenda diferencia entre simplemente «hacer un buen propósito» (ha estado haciendo eso toda su vida sin consecuencias muy brillantes) y concentrar el cerebro durante un tiempo determinado exclusivamente en un buen propósito. ¡La concentración, el dominio eficiente del cerebro, todo está ahí!

XII - UN INTERÉS EN LA VIDA

Después de un cierto período de disciplina mental, de formación y ruptura deliberada de hábitos, como he estado indicando, un hombre comenzará a adquirir, al menos, un conocimiento superficial, un trato de pasada, con ese asunto maravilloso y misterioso, su cerebro, y también comenzará a percibir cuán importante es en la vida diaria el control de su cerebro. Se sorprenderá, sin duda, de los milagros que se encuentran entre su cuello y su sombrero, en esa extraña caja que llama su cabeza. Pues los efectos que pueden lograrse mediante el mero pensamiento constante y persistente deben parecer milagros a los aprendices en la práctica del pensamiento. Una vez que un hombre, habiendo pasado un día infeliz porque su cerebro torpe y negligente olvidó controlar sus instintos en un momento crítico, le ha dicho a su cerebro: «Te forzaré, concentrándote en ese punto particular, a actuar eficientemente la próxima vez que surjan circunstancias similares», y cuando ha llevado a cabo su intención, y cuando las circunstancias incómodas han vuelto a ocurrir, y su cerebro, disciplinado, ha hecho su trabajo, y así ha evitado la infelicidad, entonces ese hombre mirará su cerebro con nuevos ojos. «¡Caramba!», dirá; «he detenido una fuente de infelicidad, de todos modos. Hubo un tiempo en que habría hecho el ridículo en una pequeña crisis doméstica como la de hoy. Pero la he superado sin problemas. Estoy bien. Ella está bien. ¡La atmósfera no es peligrosa con electricidad sin descargar! ¡Y todo porque mi cerebro, estando en condiciones adecuadas, vigiló firmemente mis instintos! Debo seguir así». Escudriñará ese cerebro cada vez más. Verá cada vez más de sus posibilidades. Tendrá un nuevo y supremo interés en la vida. Un jardín es algo bastante interesante. Pero el cultivo de un jardín es tan insípido como el cordero frío en comparación

con el cultivo de un cerebro; y el tiempo húmedo no interferirá con la excavación, la siembra y la poda en la caja.

A su debido tiempo, el hombre cuya afición es su cerebro se establecerá gradualmente en una rutina diaria, con la cual comenzará el día. La idea en el fondo de la mente del hombre corriente (por hombre corriente me refiero al hombre cuyo cerebro no es su afición) es casi siempre esta: «Hay varias cosas que actualmente penden sobre mí: preocupaciones, ambiciones insatisfechas, deseos no realizados. Tan pronto como estas cosas se resuelvan definitivamente, entonces comenzaré a vivir y a disfrutar». Esa es la idea habitual del hombre corriente. La tiene desde su juventud hasta su vejez. Invariablemente está esperando que algo suceda antes de empezar a vivir de verdad. Estoy seguro de que si usted es un hombre corriente (por supuesto, no lo es, lo sé), admitirá que esto es cierto en su caso; existe con la esperanza de que un día las cosas se allanen lo suficiente como para que pueda empezar a vivir. Ahí es precisamente donde se diferencia del hombre cuya afición es su cerebro. Su rutina diaria consiste en una meditación del siguiente tenor: «Este día se presenta ante mí. Las circunstancias de este día son mi entorno; son el material con el que, por medio de mi cerebro, tengo que vivir y ser feliz y abstenerme de causar infelicidad a otras personas. Es asunto de mi cerebro hacer uso de este material. Mi cerebro está en su caja con ese único propósito. ¡No mañana! ¡No el año que viene! ¡No cuando haya hecho fortuna! ¡No cuando mi hijo enfermo esté fuera de peligro! ¡No cuando mi esposa haya vuelto en sí! ¡No cuando me suban el sueldo! ¡No cuando haya aprobado ese examen! ¡No cuando mi indigestión mejore! ¡Sino ahora! ¡Hoy, exactamente como es hoy! Los hechos de hoy, que en mi estado no regenerado consideraba principalmente como ansiedades, molestias, impedimentos, los considero ahora como materia prima con la que mi cerebro tiene que tejer un tejido de vida que sea armonioso».

Y entonces prevé el día lo mejor que puede. Su experiencia le enseña dónde tendrá dificultades, y administra a su cerebro las lecciones que más necesitará. Revisa cuidadosamente la máquina, y la dispone especialmente para el tipo de camino que sabe que tendrá que atravesar. Y especialmente reajusta su punto de vista, pues su punto de vista se tuerce continuamente. Continuamente ve preocupaciones donde debería ver material. Puede notar, por ejemplo, una calva en la parte posterior de su cabeza, y se pregunta si es el resultado de la edad o de una enfermedad, o si siempre ha estado ahí. Y

su esposa le dice que debe pasar por la farmacia y cerciorarse de inmediato. ¡Menudo fastidio! ¡La edad! ¡El problema interminable de una dolencia capilar! ¡Ir a la farmacia le hará llegar tarde a la oficina! etc. etc. Pero entonces su cerebro hábil y eficiente interviene: «¡Qué material peculiarmente interesante produce esta circunstancia mezquina y pequeña para la práctica de la filosofía y el buen vivir!». Y de nuevo: «¿Ha de perturbarte esto, oh, alma mía? ¿Servirá de algo que yo zumbe nerviosamente alrededor de esta circunstancia en lugar de atender a mis asuntos habituales?».

Doy esto como un ejemplo de la necesidad de ajustar el punto de vista, y de la manera en que un cerebro habituado por la concentración adecuada al pensamiento correcto vendrá al rescate en contingencias inesperadas. Naturalmente, funcionará con mayor certeza en la manipulación de dificultades que se esperan, que se pueden «ver venir»; y la preparación para lo esperado es, afortunadamente, preparación para lo inesperado. El hombre que comienza su día con una contemplación constante de los peligros que las próximas dieciséis horas probablemente le depararán, y armándose especialmente contra esos peligros, se ha armado así, aunque en menor medida, contra peligros que no soñaba. Pero la rutina debe ser bastante elástica. Puede ser necesario comenzar varios días seguidos —durante una semana o meses, incluso— disciplinando el cerebro en un detalle particular, con el descuido temporal de otros asuntos. ¡Es asombroso cómo se puede desherbar cada centímetro de un sendero de jardín y mantenerlo en el orden más meticuloso, y luego una mañana encontrar en el mismo medio una planta lozana y adulta cuyas raíces están literalmente incrustadas en granito! Todos los jardineros están familiarizados con tales descubrimientos.

Pero un descubrimiento similar, aunque le suponga un trabajo duro, no disgustará al hombre cuya afición es su cerebro. Pues el descubrimiento en sí mismo es parte del material con el que tiene que vivir. Si un hombre ha de convertir todo, absolutamente todo, en su propia calma, dignidad y felicidad, debe hacer este uso incluso de sus propios fracasos. Debe mirarlos como fenómenos del cerebro en esa caja, y alegremente ponerse a tomar medidas para evitar su repetición. Todo lo que le suceda, éxito o revés, no hará sino aumentar su interés en el contenido de esa caja. Me parece oírle decir: «¡Y menudo egoísta se volverá!». Bueno, será el tipo correcto de egoísta. El hombre medio no es ni la mitad de egoísta de lo que debería. Si egoísmo significa un interés tremendo en uno mismo, el egoísmo es absolu-

tamente esencial para una vida eficiente. De eso no hay escapatoria. Pero si egoísmo significa egolatría, el estudiante serio del oficio de la vida diaria no será un egoísta por más de un año aproximadamente. En un año habrá probado la ineptitud del egoísmo.

XIII - ÉXITO Y FRACASO

Soy tristemente consciente de que estos breves capítulos serán propensos a transmitir, especialmente al lector confiado y entusiasta, una falsa impresión; la impresión de simplicidad; y que cuando la experiencia haya corregido bruscamente esta impresión, dicho lector, a menos que se le advierta muy solemnemente, puede abandonar toda la empresa en un ataque de disgusto, y en adelante mantener para siempre una actitud cínica y descortés hacia todas las teorías de control de la máquina humana. Ahora bien, la empresa no es sencilla. Se basa en un principio simple —la disciplina consciente del cerebro mediante hábitos de pensamiento seleccionados—, pero es casi tan complicada como cualquier cosa podría serlo. El golf avanzado es un juego de niños en comparación. El hombre que se dice brevemente a sí mismo: «Me levantaré a las 8, y de 8:30 a 9 examinaré y controlaré mi cerebro, y así mi vida mejorará instantáneamente hasta ser irreconocible», ese hombre está destinado a sorpresas desagradables. El progreso será lento. El progreso puede parecer bastante rápido al principio, y luego puede sobrevenir un período de futilidad, y el aspirante a vencedor de su cerebro puede sufrir una serie de las derrotas más mortales. Y en su pesimismo puede imaginar que todos sus esfuerzos han sido en vano, y que los ociosos despreocupados en los jardines de exhibición y los lectores de novelas en los salones tienen razón después de todo. Puede incluso sentirse bastante avergonzado de sí mismo por haber sido, como él piensa, engañado por promesas falaces, como el comprador de una medicina de curandero.

La convicción de que se ha hecho un gran esfuerzo y no se ha logrado ningún progreso es el principal de los peligros que afronta el principiante en

el cuidado de la máquina. Es, afirmaré positivamente, en todos los casos una convicción injustificada por los hechos, y usualmente es el mero resultado de una reacción después de la fatiga, fomentada por el instinto de pereza. No creo que sobreviva a un examen imparcial; pero sé que un hombre, para encontrar una excusa para abandonar un esfuerzo mayor, es capaz de convencerse de que el esfuerzo pasado no ha dado ningún fruto en absoluto. Tan curiosa es la máquina humana. Ruego a todo estudiante de sí mismo que considere esta observación con toda la honestidad intelectual a su disposición. Es una advertencia seria.

Cuando el cuidador de la máquina observa que cambia frecuentemente de punto de vista; cuando nota que lo que consideraba el meollo de la dificultad ayer se ha reducido a una trivialidad hoy, siendo reemplazado por un nuevo fenómeno; cuando se levanta una mañana y mediante un nuevo e inesperado atisbo en los recovecos de la máquina percibe que hasta ahora ha estado completamente equivocado y debe comenzar de nuevo; cuando se pregunta cómo diablos pudo haber sido tan ciego y tan estúpido como para no ver lo que ahora ve; cuando la nueva visión es velada por nuevas decepciones y estrechada por continuas reservas; cuando se siente abrumado por la complejidad de su empresa, entonces que no se desanime, pues está teniendo éxito. La historia del éxito en cualquier arte —y el cuidado de la máquina es un arte— es una historia de reinicios, de la dispersión y reformulación de dudas, de una concepción cada vez mayor de la extensión del territorio no conquistado, y una concepción cada vez menor de la extensión del territorio conquistado.

Es notable que, aunque ninguna empresa podría presentar posiblemente excitaciones más diversas y cambiantes que el dominio del cerebro, el segundo gran peligro que amenaza su éxito final ;no es más que un mero agotamiento del entusiasmo por ella! Uno habría pensado que en un asunto que le concernía tan de cerca, en un asunto cuyos resultados podrían ser en un sentido muy estricto vitales para él, en un asunto del que su felicidad y su miseria podrían ciertamente depender, un hombre no se cansaría por puro tedio. Sin embargo, así es. Una y otra vez he notado el abandono, temporal o permanente, de esta empresa poderosa y emocionante por simple falta de interés. E imagino que, en prácticamente todos los casos, salvo aquellos en los que una fuerza de voluntad original excepcional hace que la empresa sea apenas necesaria, el interés en ella languidecerá a menos que se nutra regu-

larmente desde fuera. Ahora bien, el interés en ella no puede nutrirse desde fuera mediante la conversación con otros domadores de cerebros. Hay ciertas cosas que las personas sanamente organizadas no pueden discutir; y esta es una de ellas. El asunto es demasiado íntimo, y también demasiado moral. Incluso después de solo unos minutos de vocalización sobre este tema, una infección mortal parece arrastrarse en el aire: la infección de la pedantería. (¿O me equivoco, y me imagino este horror? No; no puedo creer que me equivoque).

Por lo tanto, el alimento debe obtenerse mediante la lectura; un poco de lectura cada día. Supongo que hay algunos miles de autores que han escrito con más o menos sinceridad sobre el manejo de la máquina humana. Pero los dos que, para mí, se destacan fácilmente por encima de todos los demás son Marco Aurelio Antonino y Epicteto. No se ha descubierto mucho desde su tiempo. «La perfección de la vida es un poder que reside en el alma», escribió Marco Aurelio en el noveno libro de sus Meditaciones, hace más de mil setecientos años. Marco Aurelio es sin duda considerado el más grande de los escritores de la escuela de la máquina humana, y no leerlo a diario es considerado por muchos un mal hábito. Como confesión, su obra es única. Pero como una guía práctica para la existencia, pondría los discursos de Epicteto antes que a Marco Aurelio. Epicteto es más rudo; le llamará a uno zoquete sin pestañear; es ingenioso, es incluso humorístico, y nunca se aleja mucho de los incidentes de la vida diaria. Rebosa de actualidad para los lectores del año 1908. Fue un esclavo liberto. Marco Aurelio fue un emperador, y tenía la morbosidad que todos los emperadores deben sufrir. Un alma más fina que la de Epicteto, no es, en mi opinión, un compañero tan útil. No todos podemos respirar libremente en su atmósfera. Sin embargo, por supuesto, debe ser leído, y releído continuamente. Cuando haya terminado con Epicteto —una sola página o párrafo al día, bien masticado y digerido, es suficiente—, puede seguir con Marco Aurelio, y luego puede volver a Epicteto, y así sucesivamente, mañana tras mañana, o noche tras noche, hasta el final de su vida. Y ellos conservarán su interés en usted mismo.

En materia de concentración, dudo en recomendar *El poder del pensamiento* de la Sra. Annie Besant, y sin embargo sería posiblemente injusto si no lo recomendara, teniendo en cuenta su inmensa influencia en mí. No es uno de los mejores libros de esta asombrosa mujer. Está dirigido a los

teósofos, y solo puede entenderse completamente a la luz de las doctrinas teosóficas. (Para comprenderlo todo, me vi obligado a estudiar una obra mucho más grande que trata de la teosofía en su conjunto). Contiene una cantidad apreciable de lo que me parece un sentimentalismo débil, y también mucho dogma puro. Pero es el manual del cerebro menos insatisfactorio que he encontrado. Y si el lector profano ignora todo lo que le suene a griego o a palabrería, aún quedará para su provecho una gran cantidad de información y consejos muy sensatos. Todos estos tres libros son baratos.

XIV - UN HOMBRE Y SU ENTORNO

Llego ahora a un aspecto completamente diferente de todo el asunto. Hasta ahora he tratado la máquina humana como un artificio para adaptar al hombre a su entorno. Mi objetivo ha sido mostrar cuánto depende de la máquina y cuán poco depende del entorno, y que el asunto esencial de la máquina es utilizar, para hacer la materia de la vida, el entorno particular en el que casualmente se encuentra, ¡y ningún otro! Todo esto, sin embargo, no implica que uno deba aceptar, fatalista y permanente y pasivamente, cualquier entorno absurdo en el que el destino nos haya arrojado por azar. Si llevamos lo suficientemente lejos la disciplina de nuestros cerebros, podemos, sin duda, llegar a resultados sorprendentemente buenos sin importar en qué entorno. Pero no sería «recta razón» gastar una cantidad excesiva de fuerza de voluntad en la disciplina cerebral cuando un esfuerzo menor en una dirección diferente produciría consecuencias más felices. Un hombre a quien el destino hubiera arrojado a un canal podría lograr milagros en el sentido de volverse anfibio; podría asombrar al mundo con el espectáculo de su filosofía bajo dificultades asombrosas; la gente podría pagar seis peniques por cabeza para venir a verlo; pero sería menos papanatas si saliera y se dispusiera a vivir definitivamente en la orilla.

La ventaja de un estudio adecuado del control de la máquina, como he esbozado, es que permite al estudiante juzgar, con cierta certeza, si la insatisfacción de su vida es causada por una máquina desordenada o por un entorno para el cual la máquina es, en su construcción fundamental, inadecua-

da. Le ayuda a decidir con justicia si, en el caso de una grave diferencia entre ellos, él, o el resto del universo, está equivocado. Y también, si decide que no está equivocado, le ayuda a elegir un nuevo entorno, o a modificar el antiguo, según algún principio científico. La gran mayoría de la gente nunca sabe, con ninguna precisión, por qué está insatisfecha con su estancia en este planeta. Hacen largas y fatigosas excursiones en busca de materiales preciosos que todo el tiempo están ocultos en sus propios pechos. No saben lo que quieren; solo saben que quieren algo. O, si logran decidir en sus propias mentes lo que quieren, ¡es cien a uno que obtenerlo los dejará tan lejos del contento como estaban al principio! Esto es una cuestión de observación diaria: que la gente está frenéticamente ocupada en intentar conseguir cosas que, por experiencia universal, son horriblemente decepcionantes para quienes las han obtenido. Y la lucha continúa, y probablemente continuará. ¡Todo porque los cerebros están ociosos! «No es una nimiedad lo que está en juego», dijo Epicteto sobre la cuestión del control del instinto por la razón. «Significa: ¿está usted en sus cabales o no?». En este sentido, indudablemente la gran mayoría de la gente no está en sus cabales; de lo contrario, no se comportarían como lo hacen, tan vagamente, tan a la buena de Dios, tan ciegamente. Pero el hombre cuyo cerebro está en orden enfáticamente está en sus cabales.

Y cuando un hombre, por medio de la eficiencia de su cerebro, ha puesto su razón en un mando definido sobre sus instintos, de inmediato ve las cosas en una perspectiva más verdadera de lo que antes era posible, y por lo tanto es capaz de establecer un valor justo sobre las diversas partes que componen su entorno. Si, por ejemplo, vive en Londres, y es consciente de una fricción constante, se verá llevado a examinar los méritos de Londres como una Meca para personas inteligentes. Puede decirse a sí mismo: «Algo va mal, y la sede del problema no está en la máquina. Londres me obliga a tolerar la suciedad, la oscuridad, la fealdad, la tensión, los tediosos viajes diarios y un costo general elevado. ¿Qué me da Londres a cambio?». Y puede decidir que, como Londres no le ofrece nada especial a cambio, excepto el glamour de Londres y un asiento ocasional en un buen concierto o una mala obra de teatro, puede obtener un mejor rendimiento por su gasto de cerebro, nervios y dinero en provincias. Puede percibir, con cierto novelista francés, que «la mayoría de las personas de mente verdaderamente distinguida prefieren las provincias». Y entonces puede, de hecho, en obediencia a la razón, abandonar los engaños de Londres con un corazón tranquilo,

seguro de su diagnóstico. Mientras que un hombre que no hubiera dedicado mucho tiempo al cuidado de su maquinaria mental no podría armarse de valor para dar el paso, en parte por falta de resolución, y en parte porque nunca había examinado las fuentes de su infelicidad. Un hombre que, no teniendo pleno control de su máquina, está constantemente insatisfecho con su existencia, es como un hombre que está siendo envenenado en secreto y no puede decidir con qué o por quién. Y así no tiene término medio entre la inanición absoluta y la continuación del envenenamiento.

Como con el entorno del lugar, así con el entorno de los individuos. La mayor parte de la fricción entre individuos es fricción evitable; a veces, sin embargo, la fricción surge de causas tan profundas que ninguna habilidad en la máquina puede eliminarla. Pero, ¿cómo puede el hombre cuyo cerebro no está al mando de su existencia juzgar si la desavenencia puede curarse o no, si surge en sí mismo o en el otro? Simplemente no puede juzgar. Mientras que un hombre que mantiene su cerebro para usarlo y no para el ocio ocioso, cuando vea que la fricción persiste a pesar de su cerebro, quedará tan claramente impresionado por la conveniencia de la separación como única cura que se armará de valor para el esfuerzo necesario para una separación. Una de las principales ventajas de un cerebro eficiente es que un cerebro eficiente es capaz de actuar con firmeza y resolución, en parte, por supuesto, porque ha sido tonificado, pero más porque sus operaciones no se ven confundidas por la interferencia de meros instintos.

En tercer lugar, está el entorno del propósito general de uno en la vida, que, estoy convencido, es mucho más a menudo desesperadamente erróneo y fútil que el entorno de la situación o el entorno de los individuos. Me atreveré a decir que un setenta por ciento de la ambición nunca se realiza en absoluto, y que el noventa y nueve por ciento de toda ambición realizada es infructuosa. En otras palabras, que un gigantesco sacrificio del presente al futuro está ocurriendo siempre. Y aquí de nuevo la utilidad de la disciplina cerebral se muestra de la manera más sorprendente. Un hombre cuyo primer asunto cada día es concentrar su mente en el desempeño adecuado de ese día en particular, debe necesariamente conservar su interés en el presente. Es imposible que su perspectiva se deforme tanto que dedique, digamos, cincuenta y cinco años de su carrera a preparativos problemáticos para su comodidad y su gloria durante los diez años finales. Un hombre cuyo cerebro es su sirviente, y no su ayudante de cámara o su perro faldero, recibirá

tal contento y satisfacción diarios que pronto se hará la pregunta: «En cuanto a esta ambición que está devorando mis horas, ¿qué me dará que no tenga ya?». Además, el desarrollo constante del interés en la afición (¡llámenla así!) de la vida diaria con sentido común actuará como una prueba automática de cualquier ambición. Si una ambición sobrevive y florece por encima de ese cultivo diario de la máquina, entonces el dueño de la ambición puede estar seguro de que es una ambición genuina e invencible, y puede perseguirla con plena fe; su desarrollado cuidado por el presente le impedirá hacer de su ambición un altar en el que todo el presente deba ser ofrecido.

Se me dirá que quiero acabar con la ambición, y que la ambición es la gran fuerza motriz de la existencia, y que por lo tanto soy un enemigo de la sociedad y la verdad no está en mí. Pero no quiero acabar con la ambición. Lo que digo es que las ambiciones corrientes suelen resultar en decepción, que suelen significar la distorsión completa de una vida. Este es un hecho incontestable, y la razón es que las ambiciones se eligen o sin conocimiento de su valor real o sin conocimiento de lo que costarán. Un cerebro disciplinado mostrará de inmediato la innecesariedad de la mayoría de las ambiciones, y asegurará que el resto se lleve a cabo con razón. También convencerá a su poseedor de que la ambición de vivir estrictamente de acuerdo con el más alto sentido común durante las próximas veinticuatro horas es una ambición difícil de superar.

XV - L.S.D.

Cualquiera que realmente desee hablar con simple verdad sobre el dinero en el tiempo presente se enfrenta a una dificultad práctica muy seria. Debe oponerse al abrumador cuerpo de la opinión pública, y resignarse a ser considerado o bien un farsante, un excéntrico o un tonto. El público está en busca de la felicidad ahora, como lo estaba hace un millón de años. El dinero no es el factor principal en la felicidad. Se puede discutir si, como factor de felicidad, el dinero es de vigésima o quincuagésima importancia. Pero no se puede discutir si el dinero, de hecho, trae o no por sí mismo la felicidad. No puede haber duda alguna de que el dinero no trae la felicidad. Sin embargo, frente a esta verdad incontrovertible y universal, todo el público se comporta exactamente como si el dinero fuera el único o el principal preliminar para la felicidad. El público no razona, y no escuchará razones; tiene la sangre encendida en la caza del dinero, y el filósofo bien podría amonestar a un terremoto como intentar tomar a ese público por el ojal y explicarle. Si un hombre sacrifica su interés bajo el testamento de algún tirano social muerto para casarse con quien desea, si un ministro de religión inglés rechaza veinticinco mil dólares al año para exiliarse y predicar a los millonarios de Nueva York, ¡el fenómeno se considera genuinamente tan asombroso que vuela de inmediato por todo el mundo en forma de artículos de periódico exclamativos! En una era en que tal actitud hacia el dinero es sincera, es positivamente peligroso —dudo que no sea perjudicial— persistir con ruidosa obstinación en que el dinero, en lugar de ser lo más grande, es lo menos importante del mundo. En tiempos de alta excitación militar, un hombre puede ser condenado al ostracismo, si no linchado, por emitir opiniones que todos aceptarían como perogrulladas un par de años después, y así

el sabio filósofo se calla la boca, no sea que se la corten. Así que en el cénit de un período en que la posesión de dinero en masas absurdas es un medio infalible para el respeto general, no tengo intención ni de predicar ni de practicar todo lo que pienso en privado en materia de riquezas.

No siempre fue así. Aunque ha habido épocas anteriores tan lujuriosas por la riqueza y la ostentación como la nuestra, también ha habido épocas en que la obtención de dinero y la envidia al millonario no eran las únicas preocupaciones del hombre medio. Y tal época sucederá indudablemente a la nuestra. Pocas cosas me sorprenderían menos, en la vida social, que el surgimiento de algún movimiento antilujo, la formación de alguna liga o gremio entre las clases medias (donde únicamente se encuentra el intelecto en cantidad), cuyos miembros se comprometerían a mantenerse al margen de todas las grandes, tontas, banales, feas y tediosas actividades de luxe de la época y a no gastar más de una cierta suma anual en comer, beber, cubrir sus cuerpos y ser trasladados como paquetes de un punto de la superficie terrestre a otro. Tal movimiento ayudaría, y ayudará, a la formación de una opinión que condenaría el gasto pródigo en satisfacciones personales como de mal gusto. Sin embargo, los accionistas de los grandes hoteles, restaurantes y todo tipo de hipódromos, junto con los cantantes populares y los abogados, etc., no necesitan sentir alarma inmediata. El movimiento aún no ha llegado.

En lo que respecta al efecto del dinero en el ordenamiento eficiente de la máquina humana, afortunadamente no hay necesidad de informar a quienes han comenzado a interesarse en la conducta de sus propios cerebros que el dinero cuenta muy poco en ese asunto primordial. Nada que realmente ayude a la perfección cuesta más de lo que está al alcance de cada persona que lee estas páginas. Los gastos relacionados con la meditación diaria, con la construcción de hábitos mentales, con la práctica del autocontrol y de la alegría, con la entronización de la razón sobre la chusma de los instintos primordiales... estos gastos son realmente, ya saben, insignificantes. Y tanto si consiguen ese merecido aumento de una libra a la semana como si no, de todos modos pueden seguir adelante con la máquina; no es un automóvil, aunque empecé comparándola con uno. E incluso cuando, habiendo dominado hasta cierto punto, mediante un manejo sensato de la máquina, el arte de lograr un contento y una dignidad diarios, llegan al bordado de la vida, incluso el mejor bordado de la vida no es absolutamente ruinoso. La carne

puede subir de precio —lo ha hecho—, pero los libros no. La entrada a las galerías de arte y los conciertos y demás seguirá siendo bastante baja. Las vistas desde Richmond Hill o Hindhead, o a lo largo de Pall Mall al atardecer, el olor de la tierra, el sabor de la fruta y de los besos, estas cosas no se ven afectadas por las maquinaciones de los monopolios y la histeria de las bolsas. Viajar, que después de los libros es el más fino de todos los bordados (y que no debe valorarse por la milla sino por la calidad), es decididamente más barato que nunca. Todo lo que se requiere es ingenio en el gasto. Y mucho ingenio con poco dinero es mucho más provechoso y divertido que mucho dinero sin ingenio.

Y mientras leen esto, están diciendo, con su mueca impaciente: «Todo eso está muy bien; es muy bonito hablar, pero...». En resumen, no están convencidos. No pueden desarraigar ese dogma de amplias raíces dentro de su alma de que más dinero significa más alegría. Lo lamento. Pero permítanme hacer una pregunta, y pedirles que la respondan honestamente. Sus medios financieros son mayores ahora de lo que solían ser. ¿Son más felices o menos descontentos de lo que solían ser? Tomando su existencia día a día, hora a hora, juzgándola por la misteriosa sensación (en el pecho) de responsabilidades, preocupaciones, alegrías positivas y satisfacciones, ¿son genuinamente más felices de lo que solían ser?

No deseo ser malinterpretado. La cuestión financiera no puede ser ignorada. Si es cierto que el dinero no trae la felicidad, no es menos cierto que la falta de dinero induce un estado de cosas en el que vivir eficientemente se vuelve doblemente difícil. Estas dos proposiciones, superficialmente quizás autocontradictorias, no lo son en realidad. Un ingreso modesto es suficiente para la más plena realización del Yo en términos de contento y dignidad; pero deben vivir dentro de él. No pueden ignorar el dinero con rectitud. Un hombre, por ejemplo, que se cultiva a sí mismo e instruye a una familia de hijas en todo excepto en la capacidad de ganarse la vida, y luego tiene la desfachatez de morir de repente sin dejar un céntimo, ese hombre es un canalla. El noventa —¿o debería decir el noventa y nueve?— por ciento de todas esas ansiedades que hacen que vivir adecuadamente sea casi imposible son causadas por el hábito de caminar al borde de los ingresos de uno como se podría caminar al borde de un precipicio. La mayoría de los ingleses tienen alguna preocupación financiera u otra continuamente, eternamente, en el fondo de sus mentes. El sacrificio necesario para abolir esta

condición de cosas es más aparente que real. Todo gasto es una cuestión de hábito.

Hablando en general, un hombre puede arreglárselas, con un ingreso extremadamente modesto, para tener todo lo que necesita, a menos que necesite la estima de los esnobs. El hábito puede, y el hábito usualmente lo hace, hacer que sea tan difícil mantener a una familia con dos mil al año como con doscientas. Supongo que para la mayoría de los hombres la suspensión de ingresos por un solo mes significaría o la bancarrota, el usurero o un agudo inconveniente. ¡Imposible, bajo tales circunstancias, estar en posesión plena e independiente de la propia alma inmortal! De ahí que me inclinaría a decir que el primer preliminar para un control adecuado de la máquina es el hábito de gastar decididamente menos de lo que se gana o recibe. El más autómatas de los oficinistas debería tener los medios de todo un año como escudo contra los caprichos de su empleador. Sería tan razonable esperar que los habitantes de una ciudad no fortificada en medio de una llanura ocupada por un ejército hostil se aplicaran con éxito al estudio de los logaritmos o la metafísica, como esperar que un hombre sin los ingresos de un año en su caja fuerte se aplicara con éxito al verdadero arte de vivir.

Y todo el secreto de la relativa libertad de la ansiedad financiera no reside en los ingresos, sino en los gastos. Me avergüenza pronunciar este antiguo lugar común. Pero, como la mayoría de los aforismos de sabiduría inexpugnable, se ignora por completo. Dicen, por supuesto, que no es fácil dejar un margen entre sus gastos y sus ingresos actuales. Lo sé. Les estrecho fraternalmente la mano. Aún así, es, en la mayoría de los casos, mucho más fácil disminuir los gastos que aumentar los ingresos sin aumentar los gastos. La alternativa está ante ustedes. Decidan como decidan, tengan la seguridad de que el fundamento de la filosofía es un margen, y que el margen siempre se puede tener.

XVI - ¡RAZÓN, RAZÓN!

Para concluir, debo insistir en varios resultados de lo que puedo llamar el «cultivo intensivo» de la razón. El cerebro no solo se volverá más eficazmente poderoso en los departamentos de la vida donde se supone que el cerebro trabaja especialmente, sino que también ampliará el círculo de sus actividades. Seguramente interferirá en todo. El estudiante de sí mismo debe necesariamente conducir su existencia cada vez más de acuerdo con las opiniones de su cerebro. Esto será de lo más saludable y agradable tanto para él como para el resto del mundo. Usted objeta. Dice que será una lástima cuando la humanidad lo remita todo a la razón. Habla del corazón. Concibe una existencia enteramente razonable como una existencia dura e insensible. No es así. Cuando la razón y el corazón entran en conflicto, el corazón está invariablemente equivocado. No digo que la razón siempre esté enteramente en lo cierto, pero sí digo que siempre está menos equivocada que el corazón. El imperio de la razón no es universal, pero dentro de su imperio la razón es suprema, y si otras fuerzas la desafían en su propio terreno, deben atenerse a las consecuencias. Casi siempre, cuando el corazón se opone al cerebro, el corazón es simplemente un nombre bonito que le damos a nuestra pereza y a nuestro egoísmo.

Pasamos por el Strand y vemos a una joven viuda respetable de pie en el arroyo, con un bebé en brazos y un par de cajas de cerillas en una mano. Sabemos que es viuda por su luto, y sabemos que es respetable por su ropa. Sabemos que no está mendigando porque está vendiendo cerillas. Verla en el arroyo duele a nuestro corazón. Nuestro corazón llora y le da a la mujer un penique a cambio de una caja de cerillas de medio penique, y el dolor de

nuestro corazón se alivia con ello. Nuestro corazón ha realizado una buena acción. Pero más tarde nuestra razón (desafortunadamente dormida en ese momento) se despierta y dice: «Ese bebé era alquilado; el luto y las cerillas, meramente un ardid. Todo el asunto era un espectáculo montado para sacar dinero a un tonto como tú. Es tan mecánico como un penique en la ranura. En lugar de aliviar la angustia, simplemente has ayudado a perpetuar un sistema infame. Deberías saber que no se puede hacer el bien de esa manera tan despreocupada». El corazón da peniques en la calle. El cerebro dirige la Charity Organisation Society. Por supuesto, dar peniques en la calle es mucho menos problemático que dirigir la C.O.S. Como método para producir un efecto rápido, económico y agradable en el propio egoísmo, la C.O.S. simplemente no puede competir con este ardid de dar peniques al azar, sin indagar. Solo que, ¿cuál de los dos dispositivos debería ser acusado de dureza e insensibilidad? ¿Cuál de ellos es verdaderamente amable? Presento a la joven viuda respetable como un caso de muestra del conflicto Corazón contra Cerebro. Todos los demás casos son iguales. El cerebro es siempre más amable que el corazón; el cerebro está siempre más dispuesto que el corazón a tomarse muchas molestias por una recompensa muy pequeña; el cerebro siempre hace lo difícil y desinteresado, y el corazón siempre hace lo fácil y ostentoso. Naturalmente, el resultado de la actividad del cerebro en la sociedad es siempre más ventajoso que el resultado de la actividad del corazón.

Otro punto. He tratado de mostrar que, si la razón se pone al mando de los sentimientos, es imposible asumir una actitud de culpa hacia ninguna persona por ningún acto en absoluto. El hábito de culpar debe desaparecer por completo. No es un argumento en contra de esta afirmación que implique la anarquía y la demolición de la sociedad. Incluso si lo hiciera (lo que enfáticamente no hace), eso no afectaría a su verdad. Todas las grandes verdades han sido atacadas con el argumento de que aceptarlas significaba el fin de todo. ¡Como si eso importara! Como no pretendo ser el descubridor de esta verdad, no dudo en anunciarla como una de las verdades más importantes que el mundo aún tiene que aprender. Sin embargo, la verdadera razón por la que muchas personas se oponen a esta verdad no es porque piensen que implica la demolición total de la sociedad (el miedo a la demolición total de la sociedad nunca ha impedido a nadie hacer o crear nada, y nunca lo hará), sino porque se dicen a sí mismas que si no pueden culpar, no pueden alabar. ¡Y les gusta tanto alabar! Si son tan desesperada-

mente aficionados a alabar, ¡es una pena que no alaben un poco más! No puede haber duda de que el hombre medio culpa mucho más de lo que alaba. Su instinto es culpar. Si está satisfecho, no dice nada; si no lo está, de la manera más ilógica arma un escándalo. De modo que incluso si la supresión de la culpa implicara la supresión de la alabanza, el cambio sería ciertamente un cambio para mejor. Pero no percibo ninguna razón por la que la supresión de la culpa deba implicar la supresión de la alabanza. Por el contrario, creo que el hábito de alabar debería fomentarse. (No sugiero el uso ocasional de paletas de albañil, sino el uso regular de cucharillas de sal). De todos modos, el triunfo del cerebro sobre los instintos naturales (en un hombre idealmente organizado, el cerebro y los instintos naturales nunca tendrán ni un rifirrafe) siempre significa el triunfo final de la amabilidad.

Y, además, el cultivo del cerebro, el constante ejercicio disciplinario de la facultad de razonamiento, significa la disminución de las fechorías. (No imaginen que estoy insinuando que están a punto de asesinar a su esposa o de entrar a robar en casa de su vecino. Aunque ustedes personalmente son inocentes, todavía se cometen muchos pecados en su vecindad inmediata). Dijo Balzac en *La prima Bette*: «Un crimen es, en primera instancia, un defecto de las facultades de razonamiento». En la apreciación de esta verdad, Marco Aurelio se adelantó, como de costumbre, un poco a Balzac. Marco Aurelio dijo: «Ningún alma yerra voluntariamente la verdad». Y Epicteto había llegado a la misma conclusión antes de Marco Aurelio, y Platón antes de Epicteto. Todo acto incorrecto se hace con la sincera creencia de que es lo mejor que se puede hacer. Cualquier pecado que un hombre cometa, lo comete o para su propio beneficio o para el beneficio de la sociedad. En el momento de hacerlo, está convencido de que es lo único que se puede hacer. Se equivoca. Y se equivoca porque su cerebro ha sido incapaz de razonar el asunto. La pasión (el corazón) es responsable de todos los crímenes. De hecho, el crimen es simplemente un monosílabo conveniente que aplicamos a lo que sucede cuando el cerebro y el corazón entran en conflicto y el cerebro es derrotado. Aquella transacción de las cerillas fue un crimen, ya saben.

Por último, el cultivo del cerebro debe dar como resultado el hábito de examinar originalmente todos los fenómenos de la vida y la conducta, para ver qué son realmente y a qué conducen. El corazón odia el progreso, porque el querido vejestorio siempre quiere hacer como siempre se ha he-

cho. El corazón está convencido de que la costumbre es una virtud. El corazón del obrero sucio se rebela cuando el Estado insiste en que debe estar limpio, sin otra razón que la de que es su costumbre estar sucio. ¡Inútil decirle a su corazón que, limpio, vivirá más tiempo! Ha estado sucio y lo estará. Solo el cerebro es el enemigo del prejuicio y el precedente, que son los únicos enemigos del progreso. Y este hábito de examinar originalmente los fenómenos es quizás el mayor factor que contribuye a la creación de la dignidad personal; pues fomenta la confianza en uno mismo y el valor para aceptar las consecuencias del acto de razonar. La razón es la base de la dignidad personal.

Concluyo. No he dicho nada de las modificaciones que el uso constante del cerebro producirá en el valor general de la existencia. ¡Modificaciones lentas y sutiles, pero tremendas! Los perseverantes las descubrirán. A los perseverantes les ocurrirá que sus vidas enteras cambiarán, ¡también en textura y color! Nada les ocurrirá a los que no perseveren.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB